

MONOGRAFÍAS
VASCONGADAS

GUÍA SENTIMENTAL
DEL PAÍS VASCO

por

José María Salaverría



BIBLIOTECA VASCONGADA

DE LOS
AMIGOS DEL PAÍS

Monografía N.º 14

JOSE MARIA SALAVERRIA

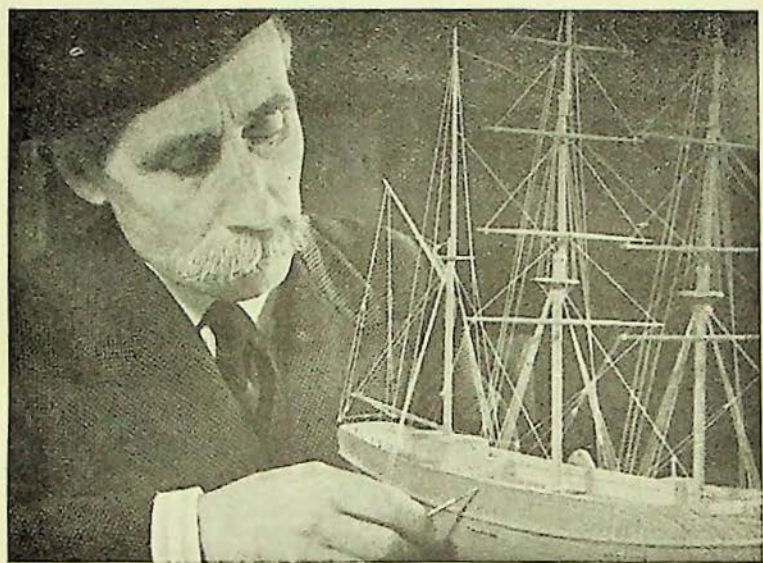
GUIA SENTIMENTAL
DEL PAIS VASCO

14

Libro homenaje

Biblioteca Vascongada de los
Amigos del País
San Sebastián
1955

ES PROPIEDAD



Va a hacer quince años que murió Salaverría. Se diría que contagiado el tiempo por el ritmo vertiginoso de nuestros días, había pasado a una velocidad que no nos dejaba determinar la medida exacta de su transcurso. Parece que aún estamos viendo su prosa limpia y transparente, en las columnas apretadas de la prensa. Cuando a la hora del desayuno o después de comer cogemos los periódicos, tenemos la impresión de que vamos a encontrar una glosa clara y humana de nuestro escritor. Es que no hemos acabado de hacernos a la idea de su muerte. Quizá se deba a que le tocó morir en uno de esos periodos dramáticos de la vida de los pueblos, en que la muerte es intrascendente como suceso social.

Había terminado nuestra guerra y empezado la del mundo y, la vida de un hombre, cualquiera que fuera, podía apagarse y se apagaba ante la más desconsoladora frialdad. Europa, Asia, África, América y Oceanía se disponían a entregar sus hijos, sin cuenta. El termómetro de la mortandad acusaba todos los días miles y miles de muertos. Se daba el número nada más; los nombres no importaban. Era una estimación masiva, de cifras redondas formadas por una unidad seguida de ceros. Los que

morían entre mil y mil no entraban en la cuenta, como si sobre silenciar los nombres hubiera que despreciar las fracciones.

En clima semejante es muy difícil que la muerte de un hombre, sea quien sea, tenga relieve fuera de la intimidad del hogar y del cuadro apretado de sus amigos. El dolor y los llantos han de quedar encerrados en el corazón o recogidos puertas adentro, de la sala en duelo. La cifra numérica, hecha masa impresionante, absorbe la individualidad como si el hombre no fuera un todo en sí, sino simple elemento de un conjunto.

Don José María Salaverría se nos fué así, calladamente, en silencio, sin que apenas nos diéramos cuenta. No sería él, sin duda, si hubiera de enjuiciar el caso, quien opusiera reparos mayores. Nunca quiso en vida salir a los primeros planos. Su modestia nativa de vasco integral le hacía sentir horror a todo lo que fuera llamativo y ruidoso. Amaba el recogimiento y la intimidad aunque no fueran para su bien. Hecho a su casa y al trabajo no comprendía que se pudiera salir de ella para hacer de la propia personalidad un reclamo, o airear la obra afanosamente trabajada, con publicidad y griterío sensacionalistas. Era de los que creían que el triunfo no está en los juegos de luces sino en el trabajo primoroso.

Pero su austero sentido del recogimiento no puede obligarnos a sus amigos y admiradores. Hemos respetado su voluntad durante quince años y es hora ya de que cambiemos el duelo silencioso por la palma de la exaltación. Después de todo no vamos a hacer nada que no sea justo. Nuestro homenaje será entrañable y sencillo, como él lo hubiera querido. Si tuviéramos en la mano todos los poderes habríamos ido un poco más lejos en el propósito, no para hacer una cosa ostentosa, que él hubiera rechazado por principio, sino algo que, aún dentro de la sencillez,

tuviera mayor firmeza, y vuelo para llegar al alma del pueblo. Por ejemplo, un banco en los jardines de Alderdi-eder, de San Sebastián, con un medallón, la efigie esculpida de cara a la bahía, o un busto sobrio, junto a unos macizos de flores. Durante sus largas y periódicas estancias en nuestra ciudad, bajaba casi a diario a estos jardines, se recostaba en uno de sus bancos y, mientras hacía que descansaba, trabajaba mentalmente aquellas bellas crónicas que todos recordamos y que eran, muchas veces, cumplidos elogios de San Sebastián. Poco después, vestidas de las mejores galas que les prestaba su estilo, se publicaban en los diarios y revistas de España y América. Fué, sin duda, el cronista que más escribió de nuestra ciudad, al exterior. La autoridad de su firma daba patente de seriedad a sus juicios que eran recibidos en todas partes como buena moneda. Quizá entonces, hechos nuestros oídos al trasnochado adagio de que «el buen paño en el arca se vende», no valoráramos en todo su alcance la fuerza expansiva de su constante y desinteresada publicidad. Es ahora, en que el turismo se ha impuesto con fuerza arrolladora por encima de las distancias, los mares y las fronteras, cuando podemos medir la importancia de sus mensajes. Fué, en este aspecto, un precursor que pregonó a lo largo y ancho del mundo de habla castellana, las gracias y encantos de San Sebastián y de la totalidad del país vascongado. Por eso nosotros, si gozáramos de amplios poderes, le rendiríamos un sencillo homenaje, en piedra imperecedera, en uno de los más bellos jardines de la ciudad, frente al mar de sus amores.

Pero el que no podamos hacer lo que quisiéramos no es obstáculo para que hagamos lo que está a nuestro alcance. La buena intención que anima la empresa suplirá noblemente lo que el empeño tenga de limitado. Y, en fin de cuentas, no se puede decir de un libro, que lo sea. Los libros tienen vuelo de ave y saltan de mano en mano y, si

son buenos, de pueblo en pueblo y de continente a continente. Para un escritor, un libro es, además, el regalo mejor. El sabe lo que cuestan cuando están hechos con afán. Son una parte de su ser que él da a sus semejantes para prolongarse en ellos.

Don José María Salaverría consagró su vida a la crónica y al libro. Día a día y año tras año, con constancia impresionante, hizo miles de crónicas. En cada una de ellas dejó un hálito de su existencia, como si su intensa vida interior se hubiera ido deshojando, cada mañana y cada tarde, durante las cuatro estaciones, en un dilatado parque otoñal donde el viento incesante de su espíritu laborioso azotara sin tregua a todas sus ramas. Lo estamos viendo aún pasear silencioso y meditabundo, encerrado en su sordera, por los jardines de Alderdi-eder, de San Sebastián, alto, erguido, seco en la figura; era un árbol moviente al que el viento de su propio espíritu acababa de deshojar. Pero florecía al instante, en una constante y renovada primavera, para que el torbellino de hojas no cesara en su derredor.

Frente a esta obra cotidiana de la crónica volandera, Salaverría trabajaba, a diario también, página a página, el libro de factura lenta y reposada, hecho con cuidada morosidad. Se diría que los hacía tabla a tabla y driza a driza, porque están hechos con el mismo primor que ponía en la construcción de modelos de veleros antiguos, en cuyo arte era, también, consumado maestro. Hay momentos en que la prosa de Salaverría está tensa, para que el viento la haga vibrar como a un foque que se recorta sobre la luz de la bahía; y, cuando la tensión se mantiene a través de páginas sucesivas, como es frecuente en sus libros, el pasaje o el capítulo tiene la gracia alada de una arboladura.

Ahora que han pasado quince años desde que murió, y que el tiempo ha puesto entre él y nosotros un ancho espa-

cio para dar a su obra, ya definitivamente estacionada, perspectiva, apreciamos mucho mejor la limpidez de su prosa, que era peculiar en su estilo. Es pura transparencia, transparencia de agua de manantial que corre por su escritura. Y en fin de cuentas es la buena, la que vale, agua limpia que fluye entre guijarros y retamas.

Aunque no pretendamos hacer un estudio crítico de la obra de Salaverría, no será ocioso que recordemos su manera de mirar y ver las cosas porque ha sido, en buena parte, la directriz que nos ha guiado al formar el libro del Homenaje. Es que era un escritor, y hay que decirlo, con ojos de paisajista. Entornaba los párpados para intensificar la luz de la proyección, en su retina, y daba relieve a cuanto miraba. Sabía que las cosas se valoran por su tercera dimensión que es la que las despega del plano uniforme e inexpresivo y les da fondo y sombras que tallan su relieve. Un árbol, una torre, un pueblo no se dejan ver en plano único, necesitan profundidad, distancias dentro de la distancia, volumen. Y al entornar los ojos, Salaverría se la daba en todos sus matices que destacaban, con singular claridad, en el cristal de su prosa.

Estas consideraciones, que nos las habíamos hecho siempre que leíamos o pensábamos en la obra de don José María, se nos han puesto ahora en pie, al releer una gran parte de su producción, para seleccionar los capítulos que han de constituir el Libro homenaje. Por eso las hemos dado. No es que hayamos pretendido formar un juicio sino que ha sido el juicio quien se ha levantado pidiendo plaza. Y ahí queda.

Por lo que afecta al criterio de selección que se ha seguido para formar el libro, bueno será que digamos unas palabras, aunque sean breves, ya que es a él, a Salaverría, a quien busca el lector al tomar el libro en sus manos. Pero conviene que empiece por saber que no se trata de

una antología. Seguramente que el lector, y nosotros también, encontraríamos en su obra, capítulos mejores. Pero no buscábamos solo calidad, que en su obra es fácil hallarla, sino también, y en primer término, podríamos decir, el tema. Queríamos que el homenaje de «Biblioteca Vascongada de los Amigos del País» a don José María, fuera un libro de esencia y presencia vascongada. Desde el primer momento tuvimos el deseo de recoger en él, la más bella colección de estampas de paisaje, de costumbres, de pueblos, de modos de vida del país, hecha por la mano maestra de Salaverriá. Presentíamos que vendría a ser como una guía sentimental de nuestro pueblo. No ha sido difícil la busca. Entre sus numerosos libros y miles de crónicas había cientos y cientos de páginas que llenaban el deseo. La dificultad estaba en la selección, no solo porque había que jerarquizar entre unas y otras, empresa siempre aventurada, sino porque había que dar corporeidad al libro, haciendo algo que fuera más que una simple colección, antológica o no de sus obras, un conjunto uniforme y armónico que diera una visión completa del país. Mucho ha ayudado en el empeño, el libro «Alma vasca», que él publicó con parecido propósito, sin duda, en el 1921. El nos ha servido de almacén. Pero como posteriormente volvió sobre alguno de los temas contenidos en él para mejorarlos, como es natural, y trató de otros nuevos, los hemos recogido para jormar, con parte de aquél, este libro que hemos titulado «Guía Sentimental del País Vasco». Creemos que es entonado y lleno de unción como un breviario y tan rico en matices y colorido como un paisaje vascongado en día de viento sur.

Es un homenaje de Salaverriá a su tierra vascongada y, a la vez, nuestro homenaje a don José María.

M. Ciriquiain-Gaiztarro

I

LA INMENSIDAD VERDE



BELLO rincón del Cantábrico, dulce y fuerte Vasconia! Eres toda verdor y jugosidad, y tienes la profunda seducción que el marino de raza conoce: nostalgia y encanto de pleno mar.

Cuando en la descampada cima del monte, sentado bajo el cielo luminoso, veo tenderse a mis pies la muchedumbre de colinas, cañadas y vallecicos, no puedo decir propiamente que mi impresión sea entonces intelectual, porque apenas toman parte las ideas en mi arrobamiento; es, mejor, una sensación de delicia casi exclusivamente sensual. ¡El alma se asoma entera a los ojos, y todo el paisaje se ha acumulado en la absorta fijeza de los ojos!

Los ojos, poseyendo una especie de facultad divina, reflejan y absorben el verdor del paisaje, y todo el ser queda convertido en una blanda cosa tierna, amable, verde. Todo es verdura allá abajo. Y la misma altitud desde donde contemplo el panorama facilita a los ojos la posibilidad de admirar las cosas como en un plano de relieve,

como en un cuadro de Navidad, como en una demostración idílica.

Lo idílico es lo particular de la naturaleza cantábrica, desde Galicia al Pirineo. En vano las sierras abruptas y los cerros boscosos ensayan con frecuencia sus rasgos terribles y masculinos; siempre resalta y vence el idilio, en su acepción infantil y femenina.

A mis pies, a tiro de piedra, debajo del monte desierto y erial, veo el lomo suave de un collado, con una casa blanca en el centro. Ninguno de los elementos clásicos que componen un cuadro de égloga falta allí, el prado de terciopelo, el manzano simétrico, el bosquecillo de castaños, la huerta, el arroyo en la hendidura de la cañada, y, finalmente, el hilo de manso humo que brota del tejado rojizo, como una definitiva expresión de paz bucólica.

Este mismo cuadro, tal vez un poco banal por demasiado visto, acaso excesivamente de cromo o de lección elemental de dibujo, se repite hasta el infinito. Collados de suave lomo, colinitas cultivadas, praderas y casas blancas, hondonadas con arroyos y bosquecillos de castaños: todo eso tan amable e igual siempre, forma el manto encantador del país, especialmente en su proximidad a la costa.

De ese paisaje está sin duda llena el alma, porque él nutrió las primeras contemplaciones de la niñez. Es el *leitmotiv* de los recuerdos adolescentes, los más importantes de la vida y los que en suma prestan carácter a nuestros sentimientos. Esos cuadros de égloga, junto a la grandeza variante del mar, impresionaron con vigor el tierno espíritu, a la edad en que las cosas se fijan como verdaderas sustancias trascendentales.

¿Pero no hay un peligro en el fondo de esa naturaleza tan blanda e idílica? Sin duda existe en ella el riesgo de lo excesivamente mimoso. Su blandura demasiado fácil, su poco de banalidad, y algo como un abuso de la

ternura verde, guardan el mal de lo que no ofrece resistencia. Es un paisaje demasiado accesible y nos amenaza con la tentación del conformismo. Invita a un epicureísmo fácil y tiene, por tanto, el riesgo de provocar en nuestras ideas y sensaciones la voluntad negativa de la no lucha. Es tal vez por lo que el genio cantábrico, desde Galicia al Pirineo, cuando permanece fiel y pegado a la tierra, cae fácilmente en la simplicidad y en la ñoñez. Y esto explica acaso el por qué de las figuras vascongadas, que han actuado con fuerza en el mundo, nunca han actuado en su propio país. El vasco es un hombre de emigración, y el país vasco es ante todo un almacén de energías humanas que fructifican en su trasplante a otros climas. El clima castellano es el que mejor prueba al genio vasco, quizá por lo que tiene de nutrido, sobrio y denso Castilla; por lo que tiene de compensador y complementario.

Desde la altura contemplo las colinas, los collados, y más lejos, al fondo, el vago azul de las severas e ingentes montañas. La inmensidad de ese verdor tierno recién humedecido de lluvia e iluminado por un sol risueño que no calienta, sino que acaricia; esa inmensidad de verdor concluye por empaparme todo el ser y enternecerme...

Es tal vez una sola nota de verde; es un verde sin duda poco rico en matices, monótono en su unanimidad de prado jugoso y de bosquecillo húmedo; pero el alma no desea más. Es lo suficiente para descansar. Destínese a otros paisajes la trascendencia, el vigor caliente, la sorpresa y complicación de los matices; el paisaje que ven mis ojos y que empapa mi ser de recuerdos y de ternura; es como un regazo materno en el que no buscamos la complicación, sino un amable reposo.

Si los paisajes debemos asociarlos a la melodía, la musicalidad del verde campo cantábrico debe expresarse con un ritmo dulce y sencillo. Se está oyendo sonar el tamboril.

II

EL CEREMONIOSO TAMBORIL



A PRIMERA hora de la mañana, el pueblo, bajo un toldo de inmóviles y sucias nubes, me parece perfectamente vulgar. Una plaza, unas tiendas, unos chicos que hacen volatines temerarios entre los hierros de una verja; un guardia civil, paseando por los soportales, descifra las noticias cotidianas de un periódico, y aumenta con su actitud la vulgaridad del pueblo. En un lado de la plaza, la estatua bronceada de un ilustre evangelizador antiguo tiene toda la mediocridad deseable, como gesto y como factura.

De pronto, porque es domingo, sale el tamboril de la villa a recorrer las calles. Suenan las dos flautas acordes, tamborilean los dos tamboriles unánimes, y el chato tambor repiquetea gravemente. Y tan pronto como la música ha sonado, el pueblo adquiere nuevo valor. Todas las cosas se han entonado, se han estirado, se han magnificado. ¡En la vida hubiese creído que un tamboril tuviera tal arte milagroso!

Los tamborileros recorren la ronda, van por las calles, se ocultan a mi mirada. Pero oigo su música, que resuena claramente, melodiosamente, por todo el ámbito del pueblo. El pueblo se estremece a la música de tamboril, o creo yo que se estremece, y es lo mismo. La tonada viene por los callejones, sube por los tejados, rodea y empapa de melodía al pueblo entero, y finalmente se introduce en mi alma como una gran ola sugeridora.

Si; la edad antigua de mi historia personal vuelca ahora de repente sus recuerdos. Me acuerdo de los innumerables tamboriles de la niñez y de la adolescencia. Cuando sonaba en la plaza de la ciudad, en las tardes dominicales, entre la lluvia insistente que envolvía a los bailadores: muchachos del muelle oliendo a sardinas rancias, y chicas greñudas de parla procaz. Cuando en la fiesta del Corpus iban los tamborileros, vestidos de frac anacrónico, a la cabeza de la procesión, y nosotros, con el traje nuevo de verano, recogíamos las espadañas que alfombraban las calles. Cuando en los domingos primaverales íbamos a las romerías, y llenos de sol, un poco chispos por la caaverada de los vasos de sidra varonilmente tragados, pretendíamos, entre tímidos y jaques, bailar con las chicas.

Ahora los tamborileros terminan su ronda y entran los tres en la plaza principal. La plaza de la villa se ha llenado de nobleza y de gravedad. Más graves que todos, los tres tamborileros se han dado cuenta de su alta misión y caminan ceremoniosamente, erguidos, en fila exacta, con paso de parada, pero no al modo rítmico de los soldados, sino con la suficiencia un poco irregular que usan los toreros al dirigirse en la plaza hacia el palco de la presidencia.

Y los tamborileros, en fin, como buenos funcionarios municipales que cumplen su elevada misión, se dirigen a los soportales del Ayuntamiento, y allí, entre las sim-

ples columnas de piedra, se cuadran los tres, se yerguen más todavía y rematan con verdadero fuego la tonada, que es un lindo aire de zortziko muy entreverado de filigranas y bordaduras.

¡Cómo canta, salta y juega la flauta de los tamborileros! Además, ¿qué genio misterioso se inmiscuye en los pueblos vascongados, que todos los tamborileros son ágiles, diestros y consumados músicos? La flauta se somete en su boca a las mayores habilidades, y nada más elástico y vibrátil, más juguetón y ligero que esas flautas embrujadas. Su voz pastosa, un poco femenina y sensual; su voz entre aldeana y señorial; su voz engolada a veces; y otras veces palpitante y atiplada; esa voz posee el secreto de sugerir quién sabe cuántas impresiones seculares.

Nadie les escucha a los tamborileros; para los vecinos de la villa, su música se hizo familiar y habitual, como el son de las campanas. Pero esto no les inquieta; ellos son funcionarios que conocen la gravedad de su función; saben que están destinados a infundir, en cada tiempo determinado de la semana, un tono de ceremonia o de unción cívica al pueblo, igual que el campanero está encargado de inspirar, de tiempo en tiempo, unción religiosa a la villa. ¡Qué sería de los pueblos, sin estas voces funcionarias que pueden elevar el tono de los espíritus y librarlos de permanecer demasiado al ras de la tierra!

En efecto, las flautas, con sus modulaciones inspiradas y los tamboriles con su ronco y cortante son, han logrado entonar a las cosas. Todo en la plaza se ha erigido, y todo ha recobrado su sentido, su expresión y su alma. ¡Oh, milagro de la voz, de la música, de lo ceremonioso!... Los chicos que juegan ya no parecen vulgares, sino promesas de ciudadanos conscientes; la estaiua del evangelizador no muestra ya su pobreza artística, sino que el gesto de su mano, cayendo sobre el indio que

está de hinojos, tiene la sublime significación de aquella empresa española, larga de tres siglos y extensa en tres continentes arrancados a la barbarie. Asimismo el guardia civil, que lee su periódico anodino, recupera su sentido de guardia vigilante, de brazo justiciero, de escudo social, símbolo de la ley, con su arma al cinto y su tricornio legislativo en la cabeza.

Una casa antigua, de grandes balcones y alero saldizo, ostenta su escudo de armas sobre la fachada. Otra casa, allá enfrente, tiene pintados en los muros unos cuadros al fresco, con borrosas escenas donde un caballero de capa y espada hace reverencia a unas señoras.

Piénsase entonces en la virtud social de la ceremonia, y en cómo el tamboril vulgar y aldeano llega a cumplir una alta función de entonamiento colectivo. El tamboril ha pasado triunfante por la zona del siglo XVIII, ha vivido seguramente en la época de los Austrias españoles, y, en fin, ha recogido el zumo de las elegancias antiguas, cuando el rigor cortesano y ceremonioso de los castillos y las ciudades extendíase a las capas inferiores del pueblo; cuando el baile y los usos caballerescos rozaban hasta las cabañas de los labradores; cuando los mismos labriegos empleaban la ceremonia como los propios señores. Hoy es al revés; porque las mismas fiestas de los señores están dañadas por el contagio de la plebe; y es la plebe la que influye hacia arriba.

¡Oh grave significación de la ceremonia! Lo ceremonioso está patente en la misma Naturaleza, porque un crepúsculo otoñal, una llanura rodeada de montañas, el mar, la noche estrellada, la voz de los vientos, ¿todo esto no es, por ventura, ceremonioso? La ceremonia vale tanto como decir entonación; es cuando las almas tocadas por un mandato ideal, se ponen de pie...

Y los tres tamborileros, en un enfático acorde, ar-

queando todavía sus brazos derechos con los que, aparatosamente, golpean los tambores, han dado fin a su tonada. El pueblo queda suspenso, callado, como empapado de unción cívica.



DIA DE FIESTA EN UN PUEBLO VASCO



LA música virgiliana del tamboril ha despejado la última niebla de mi sueño, y he corrido a la ventana para admirar conjuntamente la gloria del sol que ríe sobre las montañas boscosas

y el inocente regocijo del pueblo.

En la plaza bullen y brincan ya los niños. Los graves y solemnes tamborileros marchan los tres en una exacta fila, y los dulces arpegios de las flautas, hermanados con el redoblar de los pequeños tambores, van llenando las calles de un aire de alborada campesina. Y las viejas casas solariegas, avanzando sus tallados aleros, parecen conmoverse al son de la música tradicional.

Sobre las lomas cercanas yergue su aguda cumbre de roca el venerable Aralar; semeja un gigante que se incorporase, hasta tocar en el cielo, para mirar la fiesta aldeana. Al otro lado levanta sus crestas el Aizgorri, largo y enorme como un monstruo que avanzase sobre un sendero de selvas.

De repente, un estampido. Y el tronar de los cohetes se confabula con el precipitado compás de las dos charangas, que irrumpen en la plaza al son orgiástico de la *Kale-Jira*, y que llevan detrás y delante, entremezclados, un montón de jóvenes de ambos sexos, todos enardecidos por el entusiasmo erótico de la carrera. Desde entonces, ¡adiós la paz de la aldea, adiós silencio y adiós reposo! El pueblo vibra y tiembla con todos los ruidos imaginables, en una verdadera embriaguez sonora.

Desde la ventana asisto a la fiesta, y veo la muchedumbre que ríe y brinca en la plaza, poseída del vértigo de la danza. En la mano tengo abierto todavía el libro confidencial: son las cartas que escribiera Leopardi a lo largo de su miserable y melancólica vida. Y existe tal contraste entre la filosofía desconsolada del bardo de Recanati y el ingenuo alborozo de la multitud aldeana que bulle a mis pies, que en cierto momento me figuro haberme transformado en una visible paradoja... Al fin el libro se desprende de mis manos y dejó que los ojos y el alma se sumerjan en la cándida orgía de los jóvenes bailadores.

¡Oh vida, eternamente mal interpretada! ¡Tú que al espíritu enfermo y lacerado y al cuerpo decadente te presentas como un destino de dolor y como un propósito estúpido, mientras al ánimo sano y juvenil eres como la mesa henchida de un banquete!

Los tamborileros han subido al tablado que hay en el centro de la plaza, y un cerco de guirnaldas rústicas les sirve de marco y adorno. Hacen las flautas sus arpeggios acordes, repican monótonos los tamboriles, y el tambor, por último, marca su son infatigable. Las muchachas de blanca tez y faldas ondulantes bailan en grupos de cuatro; pronto las solicitan los mozos de ágiles piernas. Y entreverados los danzarines improvisan anchos círculos que se mueven con un vaivén gracioso y largo, mientras

los pies, en un delirante temblor, bordan rápidas filigranas. El tamborilero mayor, entretanto, enardecido también él por la furia dionisiaca, arranca a su flauta inverosímiles modulaciones, gritos bruscos, brincos sonoros...

Es la hora en que el pico erecto del viejo Aralar se arrebujá en un cendal de niebla. Cae el crepúsculo, y toda la cumbre solitaria de la sierra se ha convertido en una ampolla divina, prodigiosamente morada bajo el tenue azul del cielo.

Entonces, cuando la penumbra comienza a cubrir el pueblo, las dos charangas inician un pasacalle vertiginoso. Es el *Kale-Jira*, especie de ronda o marcha a través de las calles. Los mozos se agarran de las manos en filas imponentes, y corren bailando, gritando, riendo. Las muchachas imitan a los mozos, y bien pronto se mezclan las dos juventudes en una comunión de risas y brincos. Y allá van mezclados, en largas filas, por las calles adelante, perseguidos por el precipitado son de las alegres y ruidosas charangas.

Hay un instante de exaltación en el pueblo, de locura, de frenesí, que trae a la memoria los días helenos, tan remotos, cuando el culto de Dyonisos transfiguraba a las personas y las sumía en el vértigo de la más sublime embriaguez. Pero en este caso, aquí donde las hayas y los helechos prestan misteriosa sombra a las montañas, faltan los pámpanos y los racimos de oro, y la sensualidad del aire abrasado. La orgía pierde en esplendor trágico y en exaltación voluptuosa. Y todo se reduce, al fin, a una mera *tentativa* báquica...

Y cuando enmudecen las charangas, los jóvenes quedan jadeantes, roncós de gritar y sudorosos de tanto correr. En los rostros de las muchachas, en cambio, se adivina la vaga sensación de lo indescriptible y lo inconfesable. ¡El Amor ha pasado junto a ellas, y era el verdadero

Amor desnudo de climas y siglos remotos, aquel Amor que Grecia hubo de divinizar y que el Cristianismo hizo insurgente y réprobo!

Perplejas, asustadas y curiosas porque han presentado el paso del Amor misterioso, las muchachas vuelven un poco enigmáticas, mudas de miedo de mostrar demasiado sus indecibles sensaciones... Entonces, como una voz patriarcal y honesta, el tamboril inicia una tocata, y todo el pueblo recupera su ser y su sentido. Huye el Amor heleno, meridional y pagano. Ei sensual Dyonisos adquiere forma nórdica. Llega de las montañas olor a pradera fresca y a helechos. Las flautas bordan sus tonadas melífluas y los monótonos tamborinos repiquetean campesinamente. Las muchachas se han puesto a bailar en corro, y con su danza cándida y graciosa parece que intentan alejar el pecado de haber visto pasar al ardiente Dyonisos...



IV

ESPATADANTZARIS



EN la fiesta del pueblo, en la plaza, adornada de banderas jubilosas, la misión ceremoniosa más importante de los festejos se la reservan los espatadantzaris. La misa mayor, el partido de pelota de desafío, el auresku, presidido y bailado por el propio alcalde; el concierto de la banda de música; todo parece palidecer ante el prestigio saltarán de los espatadantzaris. Vestidos de blanco, las fajas coloradas y el collar de cascabeles sobre el tobillo, el tropel de ágiles mancebos brincan sometidos a la armónica disciplina como emisarios marciales de una guerra entablada en la profundidad de los siglos. Y las flautas de melosa voz y repiqueteantes tamboriles emiten su compás precipitado en una mezcla de alegría campesina y de falso furor guerrero.

Al aproximarme para contemplarlos, una ráfaga de recuerdos adolescentes ha invadido mi alma. Son los mismos esbeltos muchachos que yo veía brincar con saltos medidos en mi edad primera. Pero en aquel tiempo su gloria era local y limitada, mientras que hoy su fama

trasciende a todas partes. Los ligeros y acompasados espatadantzaris, flor saltarina de la raza que mejor ha sabido saltar, han recorrido ya en triunfo todos los escenarios y tienen un sitio preferente en la literatura.

Al verlos he recordado el otro batallón de danzantes que formaban como la caricatura de los juveniles espatadantzaris. Aparecían por el Carnaval. Eran hombres barrigudos y chuscos, que bailaban en torno a un pellejo de vino inflado y, obedeciendo al ritmo de la canción grotesca que entonaban, a una señal convenida, golpeaban todos a la vez el hinchado odre, propicio símbolo báquico. La música de la canción tenía un aire extraño, un compás precipitado, anhelante y monótono, como el que correspondería a una tropa que marcha embriagada al combate.

¡Ay, ságuiya, ságuiya, ságuiya!

¡Ay, ságuiya, ságuiya,...! ¡Pum!

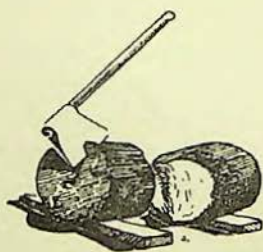
Y los grotescos danzantes remataban con un sordo bastonazo la extraña estrofa sin sentido. ¿Sin sentido? Así me parecía entonces. Pero después he pensado que aquello que semejaba una caricatura báquica acaso fuera el resto adulterado de una auténtica ceremonia de guerra. La expresión de la música invita a conjetura semejante. La gente vasca que ahora vemos tan pacífica, tan ajena a las diversiones militares, ¿no fué tal vez, en edades remotas un pueblo arisco y marcial, peleador y amigo de la gloria, tal como los legionarios romanos lo encontrarían al desembarcar en los húmedos valles angostos del país, para ellos por tantos motivos siniestro? La mudez histórica del pueblo vasco se guardó el secreto de aquellos anales primitivos. No se sabe nada de lo que consumaron aquellas gentes forzudas, ágiles y valerosas en los tiempos de su mayor espontaneidad, antes de convertirse en normales labradores que obedecen a las leyes sensatas. Pero al verlos evolucionar en las bellas figuras de la espatadantza, el secreto antiguo

asoma en evidentes revelaciones. La raza confiesa entonces que ha amado y practicado la guerra con profundo entusiasmo, y que queda todavía en ella como un íntimo prurito de la aventura marcial.

¡Qué bien hace la danza de las espadas de palo en la plaza mayor del pueblo! ¡Qué bien armoniza el silencio atento de los unánimes mozos con la voz variante de las flautas y el redoble monótono de los tamboriles. El público está callado ante la dificultad y la belleza de las evoluciones acompasadas, y en la expectación del momento, en el silencio de la plaza, toda vibrante de banderas, las flautas pueden emitir sus agudas y repentinas salidas de tono con un grito de alarma, como una llamada indisoluble a no se sabe qué tropes de soldados que andan ocultos y en espera por los matorrales de los montes. ¡Y cómo brincan los elásticos bailarines, que parecen de goma! Saltar es la dicha del vasco. Saltar en brinco repentino para recoger la pelota furtiva y violenta como una bala; saltar en las vueltas dionisiacas del ariñ-ariñ, procurando de la compañera; saltar por la cuesta abajo de los senderos del monte, incapaz de someterse al paso normal de la caminata. Saltar siempre, como un anhelo de cumbres; como en una nerviosa impaciencia de acción vencedora...

Al final, los jóvenes espatadantzaris se dejan arrebatarse por una suprema furia brincadora y caen como en un trance de embriaguez; es la locura del soldado y del bailarín, la enajenación de Dionysos. Entonces las flautas exhalan su última nota y los tamboriles enmudecen bruscamente. El tropel de mancebos queda inmóvil. Por la plaza del pueblo campesino ha pasado un aire lejano que ya nadie comprende. Llega de las profundidades del tiempo, de la intimidad remota de la raza antigua; roza un momento las almas expectantes y se desvanece pronto. Después todo recobra el sentido pacífico de lo normal. La embriaguez y la locura de las espadas ha terminado.

LA ASPIRACION HERCULEA



UN poco injusto se portó el destino haciendo que García de Paredes, el gigantón de las formidables fuerzas, naciera en Extremadura. Si hubiese nacido en Aizarnazábal o en Elejabeitia, los vascos se lo hubieran agradecido al destino mu-

cho más que los extremeños. Tener talento es una gran cosa; los hombres que sobresalen por su inteligencia, por su don artístico o por su virtud de santidad, prestan, naturalmente, alta gloria a su país; pero un hombre de extraordinarias fuerzas parece que resume todas las exigencias de la admiración. No hay que olvidar que el vasco carga el acento en la originalidad y la pureza de la raza, con un interés casi tan grande como el que sienten los germanos por el arianismo.

Aquí estamos hablando particularmente del vasco campesino, ese que todavía conserva sus esencias primitivas y busca en el hombre aquello mismo que ve en la naturaleza circundante: vigor y robustez de los altos robles,

de las imponentes roquedades, de las montañas y del bravo mar. Ese hombre que está levantando a brazo limpio el enorme bloque de piedra ante la expectación de sus compatriotas, en un esfuerzo de gigante, es el héroe que más vivamente llega al alma del pueblo, porque en él parece que la naturaleza de en torno halla su mejor expresión y correspondencia. La agilidad, la astucia y la soltura son también admirables y deseables, como en los brincos gimnásticos y las rápidas argucias del buen pelotari; pero todo queda por bajo del entusiasmo que inspira el hombre excepcionalmente forzado, el más legítimo ideal de una masculinidad perfecta.

Tal vez no haya muchos pueblos en el mundo que dediquen, como el País Vasco, un homenaje semejante a la fuerza muscular, es decir, a la fuerza por la fuerza misma, sin adorno, ni excusas. En medio de la plaza del pueblo, rodeados de un público varonil, los contrincantes ya saben que nada pueden esperar de nada; el bloque de piedra está limpio en el suelo, y todo consiste en agarrarlo como sea y levantarlo a la altura de la cabeza. Es una verdadera fantasía de kilos lo que el hercúleo aldeano necesita alzar a pulso. Es la superación de las fuerzas cotidianas, la exaltación de la masculinidad, el triunfo del poder físico. Algo, en fin, que se aproxima a la idea dionisiaca del superhombre, aunque en este caso el superhombre se contente con culminar en los límites del plano hercúleo. Los griegos tenían a Apolo, suma de la belleza formal e inteligente; pero no hay que olvidar el cariño que tributaban a Hércules. El dios que los vascos adorarían con preferencia y sincera devoción, si no fuese porque están definitivamente cristianizados.

Pero en toda raza queda siempre un fondo de paganismo que no ha logrado del todo extinguirse; el nervio o el tirón pagano de la raza vasca es sin duda ese culto que tributa a la naturaleza potente, formidable, muscular;

a la naturaleza hecha fuerza. Por eso le gustan los juegos forzudos y resistentes, como las regatas de remeros; por eso le entusiasman las luchas de carneros, y las «pruebas» de bueyes, en que los valientes bovinos arrastran pe-



ñascos enormes excitados por los gritos y las garrochas de los partidarios. Las gentes de la ciudad miran esos alardes con displicencia desdeñosa; pero es porque la ciudad ha perdido la aptitud para sentir la profunda llamada de la tierra y la incoercible emoción de la naturaleza primitiva, fecunda e indomable.

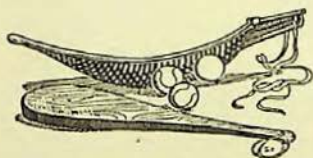
Lo raro es que el País Vasco no haya producido grandes escultores. En los últimos tiempos ha dado escritores y pintores sobresalientes; solo la escultura se man-

tiene poco menos que inédita en la raza. Y era, sin embargo, la expresión artística que más la solicitaba, pues todo en el vasco tiende a lo escultórico desde su belleza corporal hasta el equilibrio y virilidad de sus menores ademanes; y esto se produce sin afectación, como en pueblo que ha sido aún poco trabajado por la cultura y el artificio. Por algo en el escudo de Guipúzcoa figuran a ambos lados dos hombres desnudos y musculosos, empuñando sendas clavas; para el pueblo fervoroso de la humanidad vigorosa, ningún signo heráldico, ni leones rampantes, ni águilas bicéfalas, podía representar mejor el ideal nobiliario y el simbolismo de la suprema jerarquía que esos dos varones membrudos que con su poder de gigantes parecen estar custodiando el destino de la provincia.

La palabra fuerza tiene en vascuence un acento singular y como onomatopéyico: *Indarra*. Suena, en efecto, el vocablo a cosa potente, a función vigorosa y genuinamente varonil. El espíritu del idioma ha reconcentrado en esa palabra toda su intención expresiva, su sonoridad, su sobria virtud explicativa. Ser fuerte es lo primero que desea el pueblo escultórico que vive entre las montañas y el mar. Y lo que más desprecia es lo débil y canijo, lo contrahecho y decadente. Hasta cuándo conseguirá el pueblo vasco conservar su pureza racial y su tono primitivo, es algo que no puede aventurarse en decir en estos tiempos de comunicaciones rápidas, de industrialismo, de migraciones confusionistas. Por el momento, limitémonos a resaltar los rasgos que todavía permanecen incólumes, como esa ingenua religión de la fuerza, ese culto de la *indarra* que reúne en torno del forzado gigantón a una muchedumbre de devotos que, sin saberlo, están como quien dice celebrando el rito pagano de Hércules omnipotente.



EL PELOTARI



PRODUCE asombro el ver cómo se multiplican los frontones de pelota. Llegará un día en que existan tantos como plazas de toros. Con la diferencia de que las plazas de toros se limitan al territorio nacional, y los frontones de pelota invaden las naciones extranjeras y alcanzan los países más distantes y exóticos, como El Cairo, Shangai. ¿Es sólo por la atracción que inspira el bello y divertido deporte? Seamos francos; si el juego de pelota consigue semejante difusión, es porque, además de un juego bonito, es un emocionante e impune juego de azar. Una magnífica ruleta trenzada por los ágiles pies de los pelotaris.

Pies de valientes bailarines; rápidos pies habituados a los brincos y florituras del *aurresku* y la *espata-dantza*. Y a las travesuras, mañas y picardías de esos chicos de Azcoitia o de Marquina que en los rincones de los pórticos de las iglesias, en los chaflanes y curvas de las paredes llenas de trampas, aprenden la esgrima de las jugadas

desconcertantes y traicioneras. Porque el vasco ama la fuerza hercúlea, desde luego; pero además, la agilidad; y también la destreza astuta. Con la reunión de tales cualidades príncipes se forma ese espécimen difícil que se llama *pelotari*.

Los toreros son muchachos ambiciosos que buscan el camino de la fortuna por el atajo del riesgo y la holgura. Lo malo es que la holgura, entre los vascos, es un delito, el más infamante de cuantos pueden deshorrar a un hombre. La palabra vago, gándul, no alcanza la mitad del desprecio y deshonor que arrastra en vascuence la palabra *alperra* o sea el hombre envilecido que le vuelve el rostro al trabajo. Por lo mismo la laboriosidad tiene nombres tan nobles y expresivos; un trabajador se llama *nekazari* —el que se cansa, el que ejerce y realiza cansancio—, y un obrero es un *languille*, o sea el hacedor de obra y faena.

Lo cierto es que vascongados y andaluces han creado las dos figuras más estilizadas y admirables por las que puede enorgullecerse una nación. Todo lo demás lo tienen los otros países, y puede imitarse y mejorarse; el torero y el *pelotari* son creaciones únicas e intransferibles. Nada más bello y original que un airoso banderillero haciendo sus elegantes florituras en la plaza; desde los climas más distantes vienen a verlo las personas inteligentes y sensibles. Nada también más singular que un *pelotari* en plenitud de garbo y soltura, con toda la perfección racial trascendiendo de sus menores ademanes, veloz y aplomado al mismo tiempo, repentino y calculador, astuto como un zorro y fuerte como un león, exaltado en la pugna frenética por el triunfo y desconcertando de pronto a todos por la calculada serenidad de sus jugarretas. Imposible imitarles. Los vascos se han hecho los dueños absolutos del deporte de la pelota y ejercen sobre él una autoridad y un monopolio indisputables. Hasta el punto de haberla nacionalizado. «La pelota vasca», se dice comúnmente; y

parece, en efecto, que hayan sido los vascongados los primeros en jugar a la pelota, cuando todos sabemos que es el deporte más antiguo y el más universal. Las pinturas de los vasos griegos nos muestran a las muchachas y los jóvenes jugando alegremente a la pelota, y la Revolución francesa, para dar el estallido, eligió ni más ni menos que un frontón de pelota.

Y el caso es que, a juzgar por el vocabulario, el juego de pelota no debe ser muy antiguo entre los vascos. En otras ocasiones he insistido sobre esta sorprendente curiosidad: la totalidad de las palabras que emplean los vascos en el juego de pelota, son castellanas. Y todas ellas muy castizas... Los jugadores podrán entre ellos hablarse en vascuence, pero al referirse a los objetos del juego se ven obligados a darles nombres castellanos, porque no los hay en nombre euzkera. Frontón, trinquete, pared, raya, tanto, quince, bote, rebote, pique, volea, solamano, revés, remonte; esas y otras muchas palabras del más rancio castellano forman el idioma oficial y corriente de la «pelota vasca», deporte que, por las pruebas, hay que presumir fuera llevado de Castilla al País Vasco hace tres o cuatro siglos.

Bien; pero también los ingleses plagian muchas cosas, y luego las britanizan tan bien y profundamente, que parece que las hubieran inventado. Si los vascos no inventaron la «pelota vasca», es evidente que se han adjudicado el monopolio del deporte y hacen con él todas las maravillas que quieren. Y van sembrando el mundo de frontones, especie de Montecarlos impunes en los que se sacrifican pingües víctimas al viejo e inextinguible culto del Azar. Hace bastantes años fueron los pelotaris a la Argentina y lograron un éxito enorme; de allí se trajeron dos palabras indígenas para agregar al vocabulario pelotístico: «cancha» y «tongo». La primera de las palabras es inocente; pero la segunda... La segunda sirve para sustituir

a esa otra que en castellano corriente tiene tan desagradable y terrible significación: trampa. ¿Pero el vasco puede ser tramposo?... Del vascongado hay que decir que es como una perfecta síntesis de la humanidad; posee las mejores virtudes humanas, en efecto; pero también todos sus pecados. Hoy es un deporte industrializado y *standardizado*, como las carreras de caballos y las corridas de toros. Yo he conocido los tiempos del juego de pelota, cuando no existían los profesionales y los propios jugadores apostaban todo el dinero de que disponían. Entonces un partido entre campeones adquiría un aire de verdadero juego olímpico. A veces se cruzaba el honor nacional; «españoles contra franceses». Y casi siempre los guipuzcoanos vencían a los pelotaris de Sara, Ascain y San Juan de Luz. Los tiempos heroicos, en esto como en todo, se han acabado, y hoy el pelotari, como el torero, tiene que someterse a la moderna ley del profesionalismo industrializado.



VII

LOS BERSOLARIS



SERIA difícil que pudiéramos encontrar algún pueblo donde no existiese un registro, una cuerda, un organismo de poesía. El hombre de todos los tiempos y lugares ha sufrido siempre la divina necesidad de recurrir al canto o al verso para expresar aquellas emociones que realmente no caben en el espacio de la prosa.

Hablemos, pues, de los *bersolaris*, esos rapsodas, bardos, aedas o juglares del país vasco. Entre los recuerdos de la mocedad no es el menos querido aquel que nos rememora el asombro, la admiración sentida delante de unos hombres que recitaban sus versos con una salmodia gutural y monótona, en medio de un grupo de aldeanos, a la hora vespéral en que los «cucos» preludian su sinfonía cristalina y los manzanales en flor expiden su más delicado perfume.

Lo cierto es que en el país vasco, tan sobrio de literatura y poco afecto al lirismo, han podido pervivir unos

verdaderos continuadores de la casta trovadoresca. Ahora mismo, ninguna fiesta aldeana quedaría completa si le faltase la ayuda de los «bersolaris». ¿Quiénes son estos hombres singulares y necesarios? Su nombre lo revela: «bersolari» quiere decir profesional del verso, versificador.

Si le llamamos rapsoda o juglar, mentiremos, porque aquéllos se constreñían a cantar y repetir las composiciones ajenas. El «bersolari» crea y compone los versos que canta, y por esto debe llamársele «trovador».

Un trovador bien rudimentario, es verdad... El «bersolari» no canta en los castillos señoriales ni ante las cortes magníficas de Provenza, Aragón y Castilla; simples labradores escuchan sus cantos, en las humosas tabernas o las húmedas sidrerías. Por tanto, no debe exigírsele al «bersolari» que tome como asunto de sus versos las complicadas cuestiones del amor platónico, tal como preocupaban a los trovadores y que eran, por ejemplo: «¿Los goces del amor son mayores que sus penas?».

O este otro motivo: «¿Debe ser la dama la solicitante del amor del caballero, o al contrario?». No; el «bersolari» no actúa en un medio platónico y exquisito, y necesita arrostrar los temas cotidianos, un poco bestiales, que preocupan a su humilde y nada exigente auditorio.

Tampoco duda mucho el «bersolari» en escoger la categoría de su gloria. Si los trovadores se habían dividido en dos bandos o escuelas, unos que buscaban la estimación de los espíritus selectos («trobar clubs») y otros que pedían la gloria de la muchedumbre («trobar leu»), los «bersolaris» renuncian por necesidad a «trobar clubs», o sea la versificación oscura y conceptuosa, porque no hallarían público; se limitan a «trobar leus», y sus versos simples y vulgares llegan directamente al alma de su auditorio.

El «bersolari» es un trovador que no emplea el «ser-

ventesio», el «panch», la «pastorela», la «albada» ni la «serena»; sólo hace uso de la «tensión», esa forma de diálogo satírico en que dos trovadores riñen un torneo de burlas y sutilezas.

La forma trovadoresca de la «tensión» ha quedado en las costumbres populares de muchos países, sin duda porque llena una necesidad universal del pueblo. Probablemente no fueron los trovadores provenzales quienes inventaron la «tensión», sino que estaba en el uso universal desde antes. El pueblo ama la lucha, el pugilato, tal vez la discordia íntegral, y verdaderamente le encanta asistir a las riñas de versos en que dos ingenios agudos se acometen con burlas y metáforas.

Mi limitada erudición folclorista me impide conocer los hábitos de muchas regiones del globo; pero a través de mis viajes he podido comprobar cuán extendido se halla en el mundo el uso trovadoresco de la «tensión». Asistí en Puerto Rico, dentro de las «pulperías», a luchas de canto y recitado, en que el arma de aquellos «bersolaris» era una «décima», naturalmente muy tosca y mal rimada. También en Valencia oí a los huertanos contender uno contra otro, al son de la dulzaina y del parche en aquellas «albaes» tan lindas, tan campestres y musicales. Y en la Argentina, por último, existen los «payadores», semejantes a los «bersolaris». El legendario Santos Vega de la pampa, con sus romances de origen español antiguo, es a través del espacio y del tiempo un hermano de Iparraguirre, el bizarro bohemio de la guitarra sonora.

Los «bersolaris» emplean para sus torneos una música simple, una especie de salmodia elástica; elasticidad indispensable a los modestos versificadores, que no siempre miden con suficiente honradez sus versos rudimentarios.

Uno de los «bersolaris» marca la «entrada», que sig-

nifica una iniciación de las hostilidades; el otro responde al punto, y hace salir de su robusta garganta una voz semigangosa, gutural, indefinible, con la que responde al reto y alude directamente a algún defecto de su competidor. Al principio están las estrofas envueltas en cierta cortesía; después las alusiones se hacen más cálidas, penetrantes y agresivas. Las burlas chocan y se arañan, las ingeniosidades y las groserías vuelan por el aire, y el auditorio enardece todavía más a los luchadores con sus carcajadas. Ellos procuran mostrarse imperturbables, a pesar de los alfilerazos, e insisten en su salmodia gutural y lenta, de inflexiones largas y ondulantes como el canto llano de un convento.

En la húmeda y penumbrosa sidrería, o en la plaza de la aldea, esos «bersolaris», esos poetas primitivos y socarrones prestan al honrado vulgo rural la parte estética y de literatura que todo ser humano, el más salvaje, exige. Buscad y no hallaréis un pueblo que no haya inventado alguna manera de embriagarse: agria cerveza, cálido aguardiente, sidra, chicha, vino rojo, espumoso champaña, aristocrático y perfumado jerez. El hombre ha pedido siempre y en todas partes, grosera o fina, una burbuja de alcohol que le abra el recinto de la quimera. Idénticamente buscaréis en vano algún pueblo que no pida a lo inefable, música y verso, la expresión de su intimidad poética.



VIII

LOS BEBEDORES DE SIDRA



QUIERO hablar un poco de los bebedores de sidra, y elogiarlos un poco también hasta arrebatárles la vulgar acusación de prosaicos, sanchopancescos, que sobre ellos pesa. Yo he sido a mi hora bebedor de sidra, y por lo mismo puedo hablar del espiritualismo, vago e inefable, que alienta en el fondo de un sidrero.

No es solo, no, el gusto material y físico de la agri-dulce bebida lo que persigue el buen sidrero; debe contarse además una especie de confuso sentimiento de la bella naturaleza cantábrica, cuyo fecundo panteísmo primaveral sabe comprender el sidrero de un modo acaso infuso, pero ciertamente eficaz. Grato es beber en dosis pantagruélicas; pero tal vez sea todavía más grato unirse los camaradas en grupos de buena amistad, dentro del amplio paisaje conmovedor, y al fin, al crepúsculo, cuando se haya bebido algo demasiado, cantar una tierna tonada de *zortziko*.

Esta inmersión amable en el seno de la naturaleza es en pocos países tan gustosa como en la tierra cantábrica; tierra de idilio y de égloga donde el padre Virgilio se encontraría feliz; país de verdes colinas placenteras, suaves como una tentación a toda renuncia, y de selváticos montes que convidan a errar en caminatas sin objetivo.

La primavera es en el país vasco como una tierna rosa sembrada de alegres gotas de lluvia. Y el sidrero, el consumado bebedor de sidra, será quien mejor sepa percibir el encanto de esa flor de poesía. El sidrero puede, sin duda, aventajar a los poetas en su devoción primaveral, porque si todos los vinos y licores exigen su momento para beberse bien, la sidra, si se desea tomarla oportunamente, debe ingerirse en el campo y en primavera. Tal como el champaña requiere mucha luz eléctrica, camareros patilludos y señoras escotadas; tal como la manzanilla ha de beberse al son de las guitarras y de los regocijados palmoteos.

En invierno, cuando la lluvia y el viento azotan las esquinas, el sidrero se obliga a refugiarse en las sidrerías urbanas. ¡Qué tristeza allí dentro! Es un sótano húmedo, con las paredes llenas de churretes negros; en el espacio que los toneles dejan libre se sientan unos tediosos pescadores; huele a sardina asada y a poso rancio; el piso está pringoso, resbaladizo; el frío húmedo se cuele en los huesos. Una mujer llena los vasos, silenciosa y aburrida también ella, y en los paréntesis hace calceta... ¡Esto no es el modo bello de beber la sidra!

El buen sidrero prefiere las excursiones campesinas, el caserío entre nogales, la merienda sobre el blando césped. No es solamente la sidra lo que le emociona, alegría y entusiasmo, sino algo más; ese algo indecible que se llama poesía. Al revenir de la primavera sienten los sidreros que el corazón les baila regocijado. Ahora podrían salir de los oscuros sótanos; ahora se buscarán los inicia-

dos para decirse: «¿sabes que en Ramonenea hay una *bonita* sidra?». Y la noticia, corriendo como la prendida pólvora por talleres, oficinas y tiendas, pondrá en conmoción a los devotos. No son necesarios ni pregones; hay entre todos una especie de masonería singular que no fracasa nunca.

¡Qué bien entonces, en la buena estación del año!
¡Y cuántas veces, en la edad moza, ha utilizado el ánimo la disculpa de la sidrería para ir por el camino de zarzales y madresevas hasta la cumbre de la colina! Desde allá alto, el alma pretendía desbordarse, como el agua plena de un vaso, y confundirse en la gran ola panteística.

Desde allá arriba se columbraban tal vez a lo lejos los pueblos pescadores, los cabos y promontorios de la costa, las mansas ensenadas donde duerme un blanco bergantín, todas las velas desplegadas en la calma chicha. Las barcas pescadoras remaban en el inmenso mar. Y la calma de la tarde despertaba en la fantasía anhelos de realizar largas y audaces navegaciones.

De estas esencias poéticas está empapado, a su modo, el espíritu del bebedor de sidra. Y mezclándose en él la delicia del dorado licor con la infusa delectación del paisaje, lo convierten en un ser predestinado y fatal, para quien todas las grandezas del mundo serán ociosas si falta el placer de la sidra. Un ser predestinado que no podrá vivir fuera de su pueblo, de sus colinas y sus caseríos, y que trasplantado a América en forzosa emigración, languidecerá como un enfermo de nostalgia y necesitará volver a sus lares, si no quiere morir de tedio y de tristeza.

¡Aquellas tardes de camaradería epicúrea, entre incontables rondas de vasos espumosos!... Y después, con el apetito que provocan las frescas libaciones, el sidrero sube a la cocina del caserío y escoge, prepara, y fre-

cuentemente condimenta él mismo, los guisos y frituras, la merluza tierna, el sabroso revuelto de bacalao, las rojas chuletas. Todos en círculo comen; todos, en fila, y a determinados tiempos, se dirigen a la cuba y van transmitiéndose, de la cabeza al pie de la fila, mano tras mano los desbordantes vasos que se beben de un robusto y único tirón.

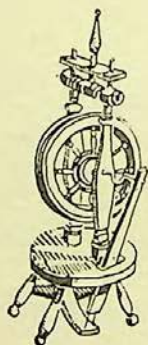
Cuando la tarde va de vencida, la imaginación del sidrero se llena de inefables brumas. ¡Podéis hablarle entonces de la vida y de la muerte; podéis ofrecerle la fortuna de un país remoto o la corona de España! Su alma se desborda en bondad, su corazón se ofrece a la alegría cósmica. Charla, ríe, canta. El aire tranquilo, la serenidad de la tarde, la belleza del campo; todo se funde en él y lo colma hasta la ternura.

Los últimos vasos han podido beberse ya. La noche comienza a caer, y los grillos inauguran, en fin, su nocturno primaveral. Entonces es cuando una ola de sentimentalismo poético llega y visita el alma del sidrero, que busca en la penumbra la línea blanquecina de la carretera. Es el mejor momento para cantar. Son esas canciones lentas, un poco tristes y dulzarronas, del país cantábrico. Y mientras el sidrero, cada vez más sentimental canta:

Begi belch eder oyek
¿zeñentzat —dituzu...?

el melancólico cuclillo hace en los matorrales: ¡cú-cú!... Y los escarabajos monteses sueltan su chirrido estridente y superticioso.

LA MUJER VASCA EN LA POESIA



CUANDO Iparraguirre, el poeta vasco de las barbas floridas, quiere describir la mujer que ha visto pasar al lado en un momento decisivo de su existencia, su canción balbuciente no acierta a expresar otra cosa que el revuelo fugitivo de una imagen divinamente contorneada que cruza con la gracia aérea de una verdadera aparición fantasmal.

«El cuerpo era airoso y las piernas parecían pisar en el aire. ¡Ah! ¡Ninguna tan gentil he visto jamás delante de mis ojos...!».

Y es así como debe definirse la mujer vascongada; como el ser investido de una graciosa ligereza y que se afirma, no obstante, en la más profunda realidad. Ninguna tan gentil hemos podido contemplar delante de nuestros ojos; ninguna más aérea y armoniosa de forma. Sin embargo, esa bella flor de feminidad no consiente que la imaginación la equipare a la simple mujer de adorno. Es todo lo contrario de la mujer de adorno, hecha únicamente

para ser bella y para los limitados encantos de la frivolidad. Lo antagónico con el Oriente. Tampoco es la mujer para contemplarla en el sentido helénico, cifra ideal en la estatua del templo y el peristilo o en la armoniosa teoría de los alto-relieves. Es la mujer actuante en medio de la vida como el eje dinámico y trascendental que a la misma vida le infunde un constante y profundo complemento de fuerza creadora.

Pero observemos de qué curioso modo insiste la musa vascongada en elogiar la fragilidad esbelta de la mujer. Oigamos a Bilinch cuando exclama:

«Una vez había en Loyola romería; allí ví una doncella bailando. Era más ágil (más saltarina) que el propio pajarillo. ¡Aquélla sí que era linda, aquélla sí que era extraordinariamente encantadora...!».

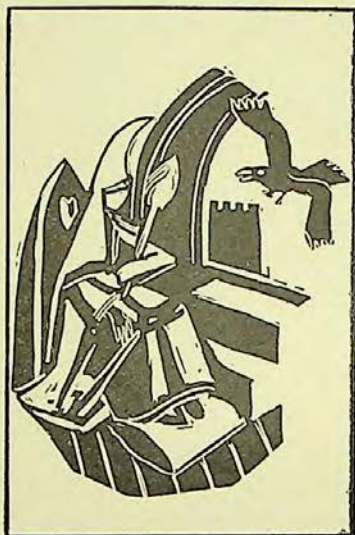
Si para el ingenuo poeta vasco, la muchacha garrida que ha visto bailando asume la figura casi ingrátida de un bello pajarillo, no deberemos pedirle que se arriesgue a insinuar imágenes demasiado ardientes, deseos demasiado voluptuosos. En efecto, la poesía vasca es de una tímida y como infantil honestidad. Toda la cortedad de genio de la raza está patente en sus canciones de amor. Toda la ambición del enamorado parece reducirse, como en las viejas estampas en cromo de la época romántica, a tomar de la mano a la amada y contemplarla deliciosamente.

«¿A dónde vas, Marichu, corre que te corre? A la fuente, Bartolo; ¿quieres venir...? ¿Y que hay en la fuente? —Vinillo blanco; ven, y allí beberemos los dos juntos todo el que queramos».

Esta otra canción vascofrancesa pretende ser maliciosa y no consigue, sin embargo, más que un efecto de candor erótico:

Iriki, ene, portallu ori...

«—Abre, ¡ay!, esa puertecita, si es que no estuvieras durmiendo... La que está dentro en su casa no sabe quién es el que anda afuera. Vente mañana temprano y entonces permaneceremos los dos muy juntitos».



Y otro poeta corrobora esta misma aspiración de erótica inocente:

«Ayer soñé contigo, amada mía. Soñé que estábamos sentados sobre el arcón...

Pasará el tiempo y vendrán nuevas costumbres y nuevas ideas a conmover y transformar el pequeño mundo de los vascos. Crecerán las ciudades; el país se irá llenando de otros afanes y deseos. La complicación de la civilización moderna ai-

canzará a los escondidos rincones de una tierra que había podido permanecer separada e igual a sí misma. Pero en el tráfago y la confusión de las nuevas costumbres, siempre tendrá un sentido de realidad ese íntimo respeto con que el vasco, inhábil para el juego de la retórica, ha elogiado a la mujer y que tan bellamente expresa la canción popular del lado de allá del Bidasoa:

Urzu zuria errazu...

«Paloma blanca, escúchame hasta qué extremo eres amada. Todos los pasos de las montañas de España los tienes cubiertos de nieve. A la primera noche, ven, y en mi casa encontrarás morada».

X

CATALIÑ



TODAS las mañanas, próximo al mediodía, se oye la voz fresca, ligeramente engolada, de Cataliñ. Se detiene unos momentos en la venta, y es como si llegase una ráfaga de feminidad trascendente, o como una expresión de la belleza integral. Trae de la ciudad las cartas, los encargos, y esta misión de portadora y re-

cadista no es sólo la que hace deseable su llegada; es ella misma, por sí misma, quien se hace desear.

Su voz, su risa, su aire, rompen el silencio de la carretera, y la perturban deliciosamente. Y mientras los boyeros, con malicia cazorra, aluden a su garbo y le insinúan algún piropo, ella va y viene, toda ruborizada, sin dejar de hablar. La misma turbación pone en sus mejillas un vivo color de juventud desbordante, y sus ojos, siempre reidores, entonces brillan como dos animadas joyas.

¡Arri, arri! ...Su caballito de ancas finas es el más lindo del contorno. Pero la hermosa Cataliñ no monta en

él. ¿Para qué? A ella le basta su fuerte, su rica juventud para bajar andando hasta la ciudad, tan pronto aiumbra el día, y subir a la hora meridiana hasta el remoto caserío que está posado, realmente como una ave blanca en una gran pradera, al pie de una montaña.

Unas cuantas muchachas labradoras hacen cuotidianamente la jornada en cuadrilla. Portean hatos de ropa lavada, hortalizas jugosas y cándida leche. Y al retorno, cada borriquillo vuelve con un enorme pan moreno. El caballito de Cataliñ es el noble y el aristócrata de la reata; con su paso firme y vivaz abre la marcha y va delante de los asnillos llevando el pan más crujiente de todos.

¡Arri, arri! ...La cuadrilla se aleja por el camino blanco, trotan las dóciles bestias, en un respingo voluntarioso, y las mujeres recobran su rítmico, su cimbreado paso. Todavía se oye la voz de Cataliñ. ¡Oh qué dulce, qué humana, que femenina voz de perla!

Al pasar, cuando se apresura para incorporarse al grupo de sus amigas, parece que cruzara una flor de la divinidad. Ante ella se siente la presencia de lo perfecto. Si la imaginación recurre a los modelos clásicos del Arte, el recuerdo de las eximias esculturas griegas no logra reducir el valor de esa obra carnal, viva y radiante. Pálida y como esfuerzo artificioso del intelecto nos parecería aquí, en plena montaña, la Venus más hermosa. Entre tanto, el cuerpo de Cataliñ vive pleno de gracia. Bajo el vestido recatado y normal no se ve, no se adivina nada: la forma, como línea expresa, diríase que no existe; y sin embargo se sabe que jamás la naturaleza ha creado un cuerpo de más consumada humanidad.

Transpiran juventud, fuerza y alegría su cuerpo, su rostro, su boca, sus ojos, su cabellera. No huele a nada, y se sabe que toda ella es fresca y olorosa como una flor de

monte. Se sabe que es limpia, con limpieza ajena al baño y a los afeites; se sabe también que es limpia de alma y que su imaginación queda exenta de cualquier impureza; palabras y gestos resbalan sobre ella sin afectarla; tiene la imaginación, y es lo que vale siempre, virgen.

Cuando la hermosa chica hace un cariñoso y no estudiado gesto de adiós, frente al mar, inundada de luz vehemente, brillante el fino peinado semioscuro; cuando avanza ágil y esbelta, llena de gracia, riente aún y exclamando una última frase con su tierna voz engolada, ingenuamente pronuncio una tácita invocación: ¡Qué nunca se apoderen de tí, bella Cataliñ, los lobos de las furiosas pasiones, y que un cerco de ángeles te guarde contra la liviandad, y que la alegría de tu risa no vea jamás el otoño, y que tu cuerpo trascendente se reproduzca en flores tan bellas y fragantes como tú!...



ELOGIO DEL MAR CANTABRICO



¡COMO se enternece nuestro corazón cuando al cabo de una larga ausencia volvemos a ver el mar, y sobre todo el mar de nuestra niñez! No es una emoción intelectual la que sentimos; es un golpe de ternura que necesitamos incluirlo entre las sensaciones puramente amorosas.

Una forma de pena incomparable sería, pues, la que nos condenase a no poder contemplar ya nunca el mar. Desterrados del mar para siempre, ¡qué terrible castigo! Cuando habitamos un país interior, lo que nos consuela es la esperanza de que volveremos a ver las olas y la llanura de agua infinita. Y estando lejos del mar es como se le estima y quiere con más fuerza, como la separación del sujeto amado nos hace más firme y querido el recuerdo.

Todo el que ha nacido al borde del mar es un poco marinero, o es, para decir mejor, un marino infuso. Este

elogio que se hace aquí del mar quedará entonces explicado pronto, al declarar su autor que sus primeros chillidos pueriles fueron sofocados por el grave zumbido de las olas

El hijo de la costa vive en tierras interiores con la obsesión nostálgica del mar; de repente, por un impulso reflexivo y casi cósmico, ese marino infuso toma el camino de las afueras de la ciudad pensando que se dirige a la escollera del puerto. Varias veces nos ocurre que remontamos una colina de Madrid, de París, de Roma, en la ilusión de que vamos a sorprender a lo lejos el ancho mar azul. Es así que en todo país interior o mediterráneo el hijo de la costa cree que el mar está siempre al otro lado de cualquier elevación del terreno.

El mar se me representa a mí como una orquesta sublime en la que intervienen, como elementos de armonía, los montes, la ciudad, los acantilados, el cielo jocundo y el trombón de las olas espumantes. Resulta así una sinfonía majestuosa, a la que no faltan siquiera, para ilustrar la emoción, el vuelo sentimental de los recuerdos adolescentes.

Sube, por tanto, la idea del mar en mi imaginación al modo de una divina y luminosa ampolla, clara como un concepto intelectual, conmovedora como un sentimiento nostálgico, sonante como una música.

Desde niño se habituó mi espíritu a comprender la belleza del mar en esta forma armoniosa y lírica. Y desde niño, para siempre, la imagen sublime se ha resellado en la lámina ideal de la mente donde se graban las sensaciones e ideas trascendentales. He aquí la imagen:

Hora de pleamar, en el equinoccio de otoño; viento tibio del Sur; color de azul y leche en las aguas calmas; una bahía circular de líneas clásicas; una ciudad clara y linda en anfiteatro; colinas verdes alrededor; una vieja fortaleza al fondo, con sus bastiones severos y agrietados;

un bergantín a toda vela maniobra en el canal del puerto: distante, como un incensario, un vapor emite su humo en el azul.

Los violines claman firmemente en la terraza del casino. Tarde serena de sol. El aire calla. El mundo se reclina como en un prurito de soñar. Tal vez allá, en lo alto del castillo, un soldado ensaya con su corneta una marcha militar. De esta manera la bahía, inflada, llena toda ella por la plenitud de la marea equinoccial, parece elevarse como el crescendo de una sinfonía en busca del gran azul, del divino y matriz azul del cielo.

Otras veces se me representa el concepto del mar en una forma menos aliñada. Entonces me veo sentado en una roca a espaldas de la ciudad y lejos de los hombres. Desde la cresta del acantilado distingo las sinuosidades de la costa y los promontorios lejanos. Toda la inmensidad líquida se abre ante mí, y yo siento la caricia feliz del vértigo invitándome a caer y a sumirme en el infinito sereno.

Entonces el mar ya no es la idea académica, sino un modo de exaltación de lo libre, lo majestuoso y lo profundamente eterno. Una sensación de fuerza incontrastable parte de allí, como cuando nos asomamos al fondo de la mitología helénica. Ráfagas del infinito; forcejeo de ocultas potencias; contorsiones de monstruos olímpicos; luchas de semidioses; cantos de sirenas; alaridos de caracolas... El carro de Neptuno despeñado entre las nubes tornasoladas. Y allí Polifemo que sale de su espantable gruta a amenazar al barco dorado del ingenioso Ulises, teniendo aún el monóculo chirriante de llamas y de sangre...

¡Inmenso y hermoso mar, oh grandioso espejo que retratas el infinito!

CARA A LA TEMPESTAD



DESDE la alta ventana veo el escenario imponente del mar enfurecido. Mar veleidoso; temible mar Cantábrico que puede reír y bramar con el mudable humor de un monstruo neurasténico. Por la mañana se tendía como una plácida llanura azul, y ahora, a la tarde, hiérve y se agita como un desesperado. Veo el cielo emborronado de nubarrones, y cómo las olas rompen precipitadamente a impulsos del huracán, mientras los chubascos ponen cortinas espesas que agravan el sensacionalismo del escenario. Y en esto, de lo hondo de la dársena, surge un vaporcito de pesca que ejecuta con buen orden la maniobra, gira, pone proa al mar y embiste la barra de la bahía, allí donde las olas vienen más bravas.

Por un momento, a pesar de la curiosidad ansiosa, he tenido que apartar la frente de los cristales, porque el horror me estremecía. La pequeña nave arrostra de frente la furia de la barra, se alza con brío sobre las olas, cae, y al

caer despide por las dos bandas enormes torbellinos de espuma, y parece que ha de hundirse, engullida como una pobre cosa inútil. Sin embargo, la navecilla supera el obstáculo y marcha con decisión hacia la mar abierta, en busca de su puerto familiar. Es un espectáculo que amedrenta; parece una embarcación que se ha vuelto loca y que la impulsa un inútil y trágico heroísmo. Cualquier instante puede ser el decisivo. Un momento después, cuando llegue a la mar abierta y las olas se arremolinen en su torno, la pobre embarcación alucinada ¿cómo podrá defenderse contra la tempestad? Y la pequeña nave, sin embargo, mantiene recto su rumbo; avanza con firmeza y da la sensación de que el miedo no existe. Entre la cerrazón de los chubascos se distingue a los hombres, inmóviles y de pie sobre cubierta, impasibles ante el azote del viento y las chubascadas.

Pero esto sucede a los tres días de espantosos naufragios. Está viva la memoria de esa tempestad súbita que ha barrido la costa del Cantábrico, arrebatando numerosos pescadores. ¿Qué pasa en la psicología del mar, que todo se olvida con tan incomprensible rapidez? El mar, y los hombres que en él se aventuran, son como si tuvieran alma de niño. Niñez inmensamente valerosa y profundamente emocionante. Como ese patrón de la matrícula de Candás, que lucha contra el temporal, aferrado con las dos manos a la rueda del timón y que defiende con valentía su barco y sus hombres. Hasta que llega el instante de la adivinación y siente que una voz misteriosa le anticipa el conocimiento de lo que ha de acontecer. Y entonces toda su valentía desaparece y se siente transformado en un niño. Y exclama de pronto, en efecto, en un grito que tiene tanto de lloro como de oración:

— ¡Compañeros: vamos a morir!...

Y en seguida una ola envuelve a la nave y la destroza completamente...

Mañana amanecerá un día radiante y el mar se habrá serenado, fundiéndose los recuerdos de horror en la infinita calma del cielo. Así es el mar. Así son nuestras vidas. Toda la ilusión del mundo ha sido así, y así será siempre. Pasar del peligro a la alegría, del espanto a la calma, del desastre a la fortuna; tal es nuestro destino, navegantes que somos en un océano incierto y cuyas orillas y más remotos horizontes ignoramos. Tal, igualmente, es el destino de las sociedades y las culturas; siempre en riesgo de naufragio, hundiéndose en los abismos de la derrota y elevándose después a la claridad de una mañana serena.

No hay que hacer entonces sino seguir la moral del buen marinero. ¡Avante, mientras el corazón resista en el pecho! Porque no hay más remedio que navegar: «navegar es necesario; no es necesario vivir». Y es inútil refugiarse en la ilusión de que existen épocas y mares definitivamente serenos; en todos los instantes, Poseydón, la divinidad misteriosa, tiene preparados el horror de sus truenos y la insuperable violencia destructora de sus remolinos y huracanes. ¡Avante, pues! Navegar es como vivir, y vivir es mantenerse en el filo de una contingencia, semejante al marinero que va arrastrado sobre el lomo espumoso de la ola.

Míro, entre tanto, avanzar la embarcación pescadora rumbo al mar abierto, y al pegar mi frente con el cristal de la ventana, soy presa de una ambigua ansiedad; quisiera apartarme para no ver el terrible espectáculo, y al mismo tiempo me retiene la grandeza de la lucha. El hombre contra la trágica naturaleza; una pequeña nave contra una espantosa tempestad. Los hombres aguantan de pie el ultraje del ventarrón y de los chubascos; la embarcación parte en dos las enormes olas; el cielo acentúa sus negros. «¡Vamos a morir, hermanos!...». Pero la adivinación del desastre y de la muerte no ha llamado

esta vez al alma del patrón. Esta vez el barco puede más que todos. Ha salvado ya el foso embravecido de la barra, dobla el promontorio, se aleja valerosamente. No le veo más. Es cuando puedo separar la frente de los cristales y respirar tranquilo, reconfortado por el triunfo del hombre ante las fuerzas de la naturaleza; por la victoria del espíritu y del corazón.



EL VIEJO PUERTO VASCO



EL puerto que yo quiero elogiar en estas páginas es pequeñito, tan menudo como una miniatura. Pero pequeño y todo, estoy por decir que ninguno de los que he podido ver durante mi vida, y he visto muchísimos, me han inspirado tan hondas sensaciones marineras, ensueños de alta mar oceánica, como el diminuto puerto de San Sebastián.

Siempre que paso por la ciudad me apresuro a dedicar una visita al puerto, que es como encontrarse con el amigo más antiguo, y el más fiel y estimado. ¡Qué mundo de recuerdos se oculta en la intimidad de nosotros dos! ¡Qué es lo que no sabe el puerto de mi niñez y de mi primera juventud, de mis sueños y de mis alegrías, de mis tristezas y de mis angustias inexpresables! ¡Cuántas veces me habrá visto llorar, de bruces sobre el pretil del malcón, o me habrá contemplado pasar, al crepúsculo, fijos los ojos en los nacientes luceros, coordinando con torpe

ritmo la correspondencia aconsonantada de los primeros versos que empezaban a torturar la mente!

Aparentemente ha cambiado poco. Las dos pequeñas dársenas parejas se hallan casi lo mismo que entonces; ahí veo los cañones hincados en el muelle para servir de amarre a las embarcaciones; ahí está la grúa a vapor; allí las compuertas para retener el agua de la pleamar en el dique de los buques de carga; y en otro lado se amontonan como antes las embarcaciones de pesca y las lanchitas vagabundas. Todo parece lo mismo, y sin embargo yo sé que el viejo puerto de mi infancia se ha transformado profundamente. Ya no veo a mis amigos, aquellos lobos de mar que yo conocía por sus nombres y por sus rasgos personales; los naufragios, los años, tal vez las borracheras, los han ido abatiendo unos tras otros. Ya no puedo ver a Carril, el patrón de la barca que en las homéricas regatas de la costa ganó, y bien ganado el título de invencible; tampoco veré más a aquel remero formidable, Pepe, alto, delgado y musculoso como un valiente boxeador de viejo estilo; ni a Ipurdioker, que al nadar torcía el cuerpo en una contorsión cómica; ni a «Malacara», ni tantos otros veteranos de aquéllos.

¿Y los barcos? ¿A dónde se fueron aquellos grandes y airosos barcos de vela que abrían en mi imaginación de adolescente el presentido panorama de las largas navegaciones, y la vocación inconfesable de llegar a hacerme un piloto de altura? Ahora ya no atracan al muelle más que buques de vapor; proletarios del mar, simples cargadores de mercancías, sin belleza ni aliento de aventura. Ya no se encuentran por ninguna parte los grandes y sugerentes barcos de vela. Los he buscado en balde en Veracruz y en la Habana, en Broocklin y en Oslo, en Hamburgo y en Cádiz. Del pequeño puerto de San Sebastián hace mucho tiempo que se ausentaron.

Yo los recuerdo todavía como si los tuviera delante. Venían sobre todo de los países escandinavos, con cargamento de madera en tablones o pesados bloques de hielo extraídos de los lagos de Suecia y Finlandia. Cada vez que llegaba un barco de aquéllos, la fantasía muchachil celebraba fiesta. Hermosas corbetas noruegas y dinamarquesas, olientes a abetos aserrados; barcos holandeses de proa chata, barnizados como un mueble familiar, y el camarote con cortinillas en las ventanas; esbeltas goletas inglesas, limpias y elegantes como yates; bergantines sucios y feos de Nantes; quechemarines gallegos en que un grumete con la cara sin lavar, se pasaba el día pelando patatas; pailebotes blancos y airosos trayendo sal gruesa de las marismas de Cádiz. Y los veleros que hacían la carrera de las Antillas para volcar sobre el muelle toda la fastuosidad olorosa y azucarada de los frutos tropicales.

Otra cosa esencial ha cambiado también. En el puerto de San Sebastián, cuando yo era chico, no se hablaba otro lenguaje que el vascuence, y hoy casi todos hablan el castellano. La desaparición de la lengua vernácula me contrista de tal modo, que siento deseo de escapar y no volver a pasearme por las dársenas. Es como si me hubiesen escamoteado, disfrazado, estropeado cruel y estúpidamente la cosa amada.

Con su rudeza y selvaticidad, con su arisca independencia xenófoba, el barrio de los pescadores, que por algo recibía el apodo de «barrio de la jarana», tenía un hondo sabor de ingenua originalidad. Parecía una región aparte, una tribu autónoma y arisca a la que el mismo guardia municipal se aproximaba a disgusto y con precauciones cuando las sardineras se trenzaban en alguna trifulca de las suyas, esmaltadas de gritos feroces, tacos y blasfemias. Pero era gente tan buena como brava, con el corazón hecho a la generosidad y al sacrificio en la dura escuela de los temporales y los naufragios.

Las dos torres gemelas de Santa María ponían paz y método en el abigarrado barrio, y la elegancia barroca del hermoso templo hablaba de éxitos indianos, de opulencias dieciochescas, de cuando la Compañía Guipuzcoana de Caracas podía permitirse el lujo de levantar a sus expensas un gran faro en el monte Igueldo y una iglesia tan lujosa como la de Santa María. Las onzas de oro circulaban entonces en grandes arcas desde La Guayra a San Sebastián, mientras las fragatas traían las bodegas repletas de fardos de azúcar y de cacao.

Hoy no existen fragatas veleras, ni onzas de oro, ni sortilegio y fantasía del ensueño indiano. Hoy el pequeño puerto de San Sebastián está sucio de pesados buques de vapor y de barcas pescadoras que navegan a máquina. Hombres y embarcaciones se han proletariado. Ya no se escuchan las canciones vascas de otrora, sino el acento internacionalista del obrerismo moderno. Y sin embargo, contemplándolo un poco desde lejos para que la realidad del cambio no me apene, ¡con qué tierna emoción suelo asomarme a veces al puerto de San Sebastián, ese pequeño mundo que guarda los recuerdos más profundos de mi edad primera, y que conoce toda la historia del amanecer de un alma anhelante a que la vida, como a nave ilusa, había de arrastrar a horizontes tan extraños.



ELEGIA DEL VIEJO BERGANTIN



HAY un barco viejo al fondo de la bahía, en el arenal desierto, a donde llegan las mareas equinociales arrastrando algas pestilentes. Algunas veces, cuando el temporal persiste mar adentro, las gaviotas van a posarse sobre el embarrancado bergantín, y con sus gritos agrios diríase que entonan la elegía del velero que nunca ya volverá a navegar.

Es un esqueleto yacente al que le han sido arrebatados todos los atributos de vida. Ni siquiera le han dejado la forma. Los gruesos y carcomidos costillares surgen de la arena cenagosa, y nada más. No queda nada más del que fué orgullo de los valientes capitanes y desafío de los procelosos Océanos. El que voló como un corcel generoso sobre las crestas espumantes de las olas, ahora yace apisionado en la arena, muerto para siempre. Al contemplarlo en su actitud esquelética, ne recordado las carroñas de los caballos, muertos de sed o de hambre, que aparecen al paso del tren en la inmensidad de las solitarias pampas de América.

Los buques de vapor surcan, entre tanto, la bahía, empenachados de humo y vociferando con todo el ímpetu de sus sirenas. Las ágiles gasolineras bullen como automóviles a medio sumergir, algún trasatlántico, majestuoso en su imponente grandeza, arroja el ancla en medio de la bahía y es como una ciudad que se hubiera desprendido de América o de Asia para venir en una navegación alucinante.

Entonces mi piedad acude hacia el embarrancado e inútil velero, y con un voluntario trabajo de imaginación me dedico a revestir de carne, como quien dice, el esqueleto lamentable, y a cubrirlo con la forma en que en su dichosa juventud tenía. Lo hago flotar en las aguas profundas, bien carenado y lastrado. Le restituyo los mástiles esbeltos, las vergas y el botalón, el flexible y recio cordaje, las lonas y las banderas. Vuelve a cantar en el bauprés la melancólica y añorada voz del grumete, y se oyen, como antes, las risas o las disputas de los marineros. El hermoso barco fantasmal queda, así, a merced de mi fantasía y aguardando mis órdenes. ¿Qué especie de capitán decidiré ponerle? ¿Será el capitán patilludo que marcha periódicamente a La Habana, a traer olorosos cargamentos de melaza y cacao o se dirige a Montevideo a cargar tasajo y pieles sin curtir?

¿Por qué no ha de ser un capitán de barba cerrada, de rostro lleno de cicatrices, que hace, entre Guinea y el Brasil, el comercio de negros? A la sombra de los gigantescos bosques que llegan hasta la orilla del mar, el bergantín recoge la carga de esclavos; el capitán convida a los capitanejos indígenas con el ron más fuerte que ha podido procurarse en Jamaica, y, al poco tiempo todos bailan borrachos bajo las palmeras de altos troncos cimbreantes. Y entonces el astuto capitán manda levar anclas y huye a toda vela, dejando burlados y sin paga a los estúpidos empresarios de la venta feroz.

Por el Océano circulan las fragatas de la Armada inglesa. ¿Pero qué especie de peligro pueden infundir al capitán negrero? El bergantín conoce las rutas difíciles que los oficiales británicos no se arriesgan a frecuentar; sabe también, cuando al alba se ve rodeado de improviso por los buques ingleses, burlar a sus perseguidores con improvisadas maniobras y escapar mar adentro ante el asombro y la ira de los orgullosos comandantes reales.

Y es posible, asimismo, que alguna vez, en los costados del bergantín, asomen por de pronto por unas disimuladas troneras, buenos cañones de certeros tiros, y que los hombres presididos por su capitán, se lancen al abordaje sobre una desprevenida corbeta portadora de un rico cargamento. Entonces se pelea bien, a pistola y sable, con trabucos y hachas, y es posible que entre las presas del vencido barco se reserve el capitán alguna hermosa criolla de ojos voluptuosos. ¡Oh la vida palpitante y temeraria, llena de peligros y victorias, de sangre y de canciones...!

Pero todo pasó, y en vano la piadosa fantasía conseguirá mantener flotando en el mar profundo al desvenecijado bergantín. ¡Se acabaron los tiempos de la juventud vencedora! ¡No más correrías atlánticas, bajo los cielos radiantes de los trópicos o entre las islas Antillanas cargadas de bosques en flor! Ahora el viejo barco está embarrancado en la arena y hundido en el cieno, con las costillas al aire, como el cadáver de un caballo en la Pampa infinita. Las gaviotas vienen acaso a hacer sus nidos en las grietas del viejo bergantín, y los huracanes equinociales le traen tal vez ecos y recuerdos de los mares remotos que ya no podrá nunca volver a surcar. Hasta que un día el sol y la lluvia acaben de destruirlo. Desmoronándose en astillas sobre la arena, arrastrado por la marea en trozos dispersos, el arrogante bergantín de antaño se habrá desvanecido como un sueño que pasa y huye a toda vela y desaparece en un horizonte imaginario.

LOS REMEROS OLÍMPICOS



EN la finura un poco decadente con que termina el estío en el

Cantábrico, las regatas de traineras iluminan el ambiente frívolo de San Sebastián como al paso de un vigoroso aliento varonil. Para mi gusto no existe un juego de hombres en que resalte con más energía la exaltación dionisiaca del esfuerzo masculino y la casi épica voluntad del triunfo.

¿Qué otra clase de juego o de pugilato podrá interesar hasta las entrañas a la gente vascongada, como interesa la «estropada» de traineras? El ardor pugilista que vive dentro del ser vasco, el culto por la fuerza y la destreza que siente la raza, y el mismo vicio de la apuesta, tienen en las regatas un motivo de manifestarse con pleno entusiasmo. El aire libre, la luz setembrina, la excitación propia del mar, todo ayuda a convertir esa fiesta hermosa en una reproducción de los mejores pugilatos olímpicos de Grecia.

La bahía de la Concha se llena de una ondulante y

nerviosa muchedumbre que asalta las terrazas, los paseos, los muelles, las alturas del Castillo y las colinas cercanas. Vienen en grupos animados los hombres de los pueblos pescadores y los campesinos del interior. Cada cual trae su cariño; a favor de su bando, los ahorros y el jornal y el mismo precio de la vaca serán jugados sin vacilación. Todos confían en sus pugilistas, porque conocen el vigor de sus brazos y el brío de sus corazones; en ellos ponen su fe, su orgullo, su honra, y si el afán de los miles de pechos que palpitan sobre la bahía tuviese la virtud material del soplo y del empuje físico, ¡cómo volarían, como saetas milagrosas, las agudas traineras!

Pero las traineras, aunque ágiles y sensibles, no se mueven más que al empuje de los nervudos brazos. Allí aguardan, temblando al menor choque, las largas barcas de fina proa. Los remeros están en su sitio; las manos sobre el remo, la cabeza sin boina, el pecho hinchado bajo la endeble camisa. Y el patrón, grave y responsable, serio y firme como un verdadero capitán de hueste, vigila a sus hombres y atiende presto a la inminente señal del Jurado.

Ved alrededor. La bahía es como un vaso polícromo en que el cielo y los hombres han aglomerado luminosidades, adornos y agitados movimientos. Un aire jocundo, cálido, hace vibrar las banderas, las sombrillas, los humos y las jarcias. Los inquietos bateles van, vuelven, giran sin cesar. Unos balandros esbeltos ponen la nota blanca y elegante de sus velas en la abigarrada bahía. Los vaporcitos corren humeando, vociferando con el alarido de sus sirenas.

Vedlos ahí. Son los remeros de San Sebastián. ¿No los conozco yo tal vez, desde la infancia ingenuamente picaresca?... Los rostros cetrinos y angulosos me son familiares. Manu, Gabriel, «Joshé», «Telesh», Quirico, Torre, Pepe, «Inashio», «Mala-Cara»... De pronto ha sonado la señal. Y de repente, en una verdadera locura, en un arran-

que vertiginoso y exaltado, las dos traineras rivales han embestido de frente como dos cosas vivas, como dos caballos de raza que dan un brinco de salida. Las trece camisas blancas de cada trainera figuran ser trece puntos de delirio. ¡Señor, qué bello impulso de pugilato! ¡Qué entusiasta aspiración de triunfo! ¡Qué noble coraje, tendido en una locura de vencer! El agua se arremolina en torno a las traineras. Un ancho margen de espuma rodea y persigue a los veloces pugilistas. Y mientras los trece remeros se acompañan en un ritmo tenso e igual, el patrón, de pie en la popa, hace con una mano, dirigiéndose a sus hombres, un gesto casi maniático y casi angustioso que parece decir: ¡Más, todavía más, muchachos; siempre más, por vuestra vida, por vuestro honor, por el honor de vuestras mujeres y vuestros amigos!

Todos hemos presenciado alguna vez la lucha de esos frágiles esquifes ingleses, elegantes, barnizados, mecánicamente dóciles a la maniobra, movidos por unos tripulantes de camisetitas a rayas, que son frecuentemente, empleados de escritorio o señoritos que aspiran al premio de una copa inservible. Aquí se trata de hombres de mar, verdaderos hombres curtidos. Sus cuerpos y sus almas simples están cobijados en el seno de la Naturaleza, y el triunfo, como la derrota, deja en ellos una huella imborrable.

Para ellos es el fracaso un aplanamiento definitivo, y la victoria es un frenesí y una delirante explosión de todas las emociones masculinas. Desde el muelle asisten las mujeres y los chicos al pugilato; desde los bateles y los vapores lanzan los amigos sus voces de aliento. ¡Ah, si los sudorosos remeros flaqueasen! Las mismas esposas están dispuestas al ultraje, con ese vocabulario un poco demasiado realista que la gente pescadora emplea para sus insultos, y que con frecuencia se refieren a los puntos más vivos de la virilidad.

No de otro modo, en los cantos de Homero, los soldados pelean largamente bajo la muralla, mientras las mujeres gritan, lloran e insultan desde el vano de las almenas...

Después, cuando la regata concluye, un aplauso denso truena los malecones, la bahía, el muelle. Las mujeres ríen, desgreñadas, o cantan y bailan como poseídas del frenesí dionisiaco. Ahí llega la trainera vencedora, con sus hombres manando sudor. ¡Indecible expresión de triunfo en que los rostros angulosos de los remeros parecen sublimarse y positivamente adquieren un valor de episodio homérico, olímpico, estatuable!



JUNTO A LA CARRETERA



MI primera visita, apenas me levanto por la mañana, es para la carretera. Yo no sé que efecto atávico, o qué instinto malogrado de vagabundo, pone en mi alma ese cariño un poco extraño, lo cierto es que me gustan las carreteras, cauces por donde van las vidas hacia fines desconocidos. El aire de azar y de aventura, de fantasía y errabundaje que hay en las carreteras: eso me atrae sobre todo.

Todas las carreteras me gustan; pero reservo un cariño aparte para las del país vasco. En ellas probé de chico las primeras fuerzas de caminante; siguiendo su línea blanquecina ensayé, obstinado soñador, las quimeras de la juventud, y por los recodos solitarios, en las hondonadas que la semibruma de otoño hace misteriosas, más de una vez pretendió el alma reducir a métrica las vagas inquietudes de la melancolía.

Tal como las carreteras de los países extensos nos

producen ideas universales, las de los países chiquitos y muy poblados originan en nosotros sentimientos íntimos, cordiales y familiares. Aquellas largas e imponentes carreteras, cruzando por la soledad de las llanuras y dirigiéndose de un horizonte a otro, nos parecen aptas para los viajes trascendentales, como el de los peregrinos remotos que van a Santiago o el de los hombres que marchan a incorporarse a una expedición de Indias. Las carreteras de los países pequeños, si es verdad que reducen la trayectoria de nuestra imaginación, en cambio nos brindan mayor calor de intimidad.

Asisto, pues, desde la mañana al paso de los caminantes, y oigo con especial agrado el ¡*aida!*, ¡*aidari!* de los boyeros, que bajan con sus carros de piedra rubia, de piedra blanda y tierna. Pasan también las ágiles chicas de andar garboso; sus cuerpos bonitos y firmes diríase que son elásticos sobre las blancas alpargatas. Al verlas pasar, especialmente si es lunes, algún joven boyero asoma al portal de la ventana y lanza, rijoso y piropeante, un súbito grito: ¡*au/á!*...

También me complace entrar abajo, a la taberna, y ver uno a uno a los bebedores. Difícil será que un boyero, tanto al bajar como al retorno, deje de parar el carro a la puerta de la venta. Piden al vehemente vino navarro un refuerzo de brío, y que el alcohol, como un verdadero espíritu, les aligere la amodorrada y rudimentaria fantasía. Luego, enarbolando la aguijada, se van al paso lento de los bueyes. ¡*Aidari, motza!*

Esto es a la mañana, en las horas razonables y pacíficas; es cuando vuelven a sus caseríos las lecheras, arreando a los borriquillos de áspero pelaje, con redondos panes de seis libras a la grupa. Por la tarde, una vez que el sol interrumpe su faena de luminaria, es cuando la venta y la carretera adquieren un aire menos ecuánime. Llega

entonces el boyero que padece una sed insatisfecha; el que ha detenido su carro ante la venta muchas veces al día; el que todas las noches se duerme, ¡pobre!, un poco borracho; el que se cae en las altas horas de los domingos, por las quebraduras de las canteras y tiene el rostro sellado de cicatrices. Con su gesto de buen hombre pide el último



vaso, y al beberlo sonrío a las venderas como agradeciéndoles la merced de aquel vino vespéral, que tan deliciosamente cierra los episodios del día.

También llegan los troneras del villorrio. Conocen los *couplets* de moda y entienden de política. ¡Cómo saben comer! Sus merendolas del domingo duran hasta media noche, salpicadas de chistes ciudadanos y de socarronerías aldeanas. Los otros caseros escuchan, admirados de tanto saber. Saben cantar una tonada de zarzuela y un antiguo motivo de Bilinch, un *couplet* de la Argentinita y un trozo de ópera italiana. También saben tocar el acordeón.

¡Qué triste suena siempre en mi oído la música del acordeón! Me parece un órgano fracasado. Además me recuerda todo el tedio de la vida adolescente. En fin, ese órgano fracasado me recuerda las tardes en los puertos lejanos; un marino, refugiado a proa, en la soledad del malecón, tocaba sonatas de un país septentrional, tiernas y sentimentales, nostálgicas hasta el llanto.

En esos momentos de la noche en que la francachela rebasa y se excede un poco, solo necesito salir a la carretera para que el milagro quede cumplido. La sombra y el silencio vagan sobre los campos. Una tenue penumbra, largo resto de sol, baña el cielo por la parte del mar. Luce tal vez su fosforescencia supersticiosa un gusano de luz.

Un perro ladra distante sin saber por qué. Guiñan los faros. Y estando cerrada la puerta de la ventana, viene la música del acordeón cernida, decantada, y adquiere entonces una fuerza de misterio y poesía que conmueve, que invitar a soñar... ¿en qué? No se sabe.



ELOGIO DE LOS CAMPANARIOS



LOS pueblos son en el paisaje puntos de orientación estética, hacia los cuales acude el piloto ideal que hay dentro de nuestro es-

píritu. Un paisaje sin pueblos en lontananza, sin el blanco-negro de las viviendas y los tejados, nos da la angustiosa sensación de vacío que sentimos en alta mar. Pero los campanarios son, principalmente, los que prestan alma y expresión al paisaje.

Cada país se reserva una fisonomía diferente; la silueta distante de los pueblos y el carácter de sus torres son las cosas que para mí contribuyen más a esa diferenciación. Cuando trato de representarme una imagen de Londres, todo mi recuerdo queda ocupado con la absorbente y exclusiva visión del Parlamento, el de las altas torres sobre el plomizo Támesis. Los valles de Suiza los recuerdo igualmente en forma de agudas torres, con su

afilada flecha, irguiéndose sobre el plano verde de los prados o sobre un lienzo grande de nieve. Así también la Toscana se me representa en la memoria, sembrada de aquellos ágiles campaniles florentinos, encaramados como guías rústicas en la cumbre de las colinas armoniosas.

El más hondo prestigio del campo castellano reside en la sugerición de los distintos pueblos, que emergen de la pura planicie y se recortan en el fino horizonte, con el campanario aboíengo que parece, como una flecha, penetrar en el infinito azul. Sobre la grave llanura, el Castillo de la Mota de Medina ya no es un mero dato arqueológico, sino algo profundamente explicativo y esencial en ese majestuoso paisaje que está, como nada, preñado de historia. La misma trascendencia tiene en el paisaje la gran torre erecta de la catedral de Segovia, cuando sobresale del ras de los collados, parecida a una persona viva y pensante que nos observa y sigue desde lejos.

¡Pueblos blancos de la costa mediterránea, presididos por el campanario angosto y alto como un alminar! ¡Pueblos dichosos de Andalucía, claros, rientes sobre la tierra ocre de los opulentos labrantíos, y trémulos por el estrechamiento perezoso de las palmeras!

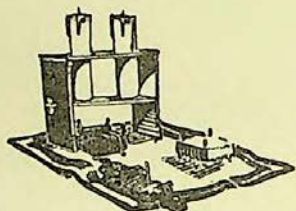
Si desde lejos deseo levantar en la mente la imagen de Guipúzcoa, la nostalgia toma en mí, formas arquitectónicas. El recuerdo, más que la visión de los árboles y las colinas, me trae la imagen de los pueblos, sobre los que destaca siempre el campanario. Toda la vida de Hernani está para mí en su recio y culminante campanario. Usúrbil, sobre el collado, no es más que una esbelta torre barroca; y si San Sebastián posee algún sentido, es por aquellas elegantes torres gemelas de Santa María, que anteriormente se completaban con la romántica y un poco marcial torre del viejo faro de Igueldo, corona magistral de la japonesa colina.

Todos esos pueblos de Guipúzcoa se levantan en espectáculo cuando los solicito con la imaginación. Los conozco uno por uno. Las siluetas de sus torres me son familiares, y cada una me trae el recuerdo de una pura sensación juvenil. Carreteras blancas entre los prados; olor a manzano florido; posadas rumorosas, llenas de hombres afeitados; color ajerezado de la sidra rezumante; el tamborreo romántico de un tamboril; y dominándolo todo, la torre eclesiástica.

Veo los campanarios, de estilo barroco casi siempre, levantar sus cupulillas de piedra en la simetría verde de los campos. ¡Con qué inteligente sentido de la armonía saben llenar y concluir la estética ruda de un valle, de una encañada, de una loma! Las torres barrocas están allí como elemento de cultura y de universalismo, y su forma vaticana, papal, católica, hace que la simplicidad iletrada, como bárbara, del boscoso y húmedo paisaje, se llene de erudición y se ilustre verdaderamente.

A veces el alma se siente perdida en esas angosturas de un primitivismo antihistórico; la sombra de las montañas cae y amenaza con la pérdida de todo horizonte posible; los caminos se pierden en la maleza; el agro no tiene el sentido culto a la romana, sino que retrocede al jaral hirsuto de las sociedades rudimentarias; el mundo, invadido por la maleza, se achica ante nosotros. Entonces, de pronto, se abre el valle, y en el sitio preciso levanta su cúpula vaticana el campanario, restituyéndonos a la idea de la cultura y de lo universal.

LAS IGLESIAS ALDEANAS



MAS de una vez he detenido mis pasos ante el pórtico de una vieja iglesia, en esos días abrumadores del estío. ¡Los pueblos vascongados son tan atrayentes y tan característicos, metidos como están en lo profundo de una encañada o en mitad de frondoso valle! Y de estos amables, reconcentrados pueblos vascos, ¿qué cosa más característica y predominante que su inmenso templo con su alto y macizo campanario erguido a la manera de un torreón marcial?

Y dentro de esas macizas iglesias, ¡qué sombra tan amigable y qué íntima paz! Si entráis a la hora de la tarde, cuando el sol va de vencida, os creeréis sumidos en un lago de quietud. Como la mística vascongada es de esencia muy severa, para alumbrar la alta nave no existen sino raras y estrechas ventanas, de modo que en aquel religioso ámbito siempre reina una vaga y reconcentrada penumbra. Y los ruidos de la calle o del campo se han

quedado fuera, mientras que dentro se escucha únicamente el chirrido de las lámparas, el pisar tácito de alguna mujeruca, el tintineo argentino de un reloj que no se sabe en dónde está.

Allí dentro se siente uno bien, se siente uno calmado, tal como si lo hubieran sumergido en olas de silencio. Se olvida uno de sí mismo, hasta se olvidan las mil futesas que envuelven la vida de nosotros, hombres civilizados; tanto la política como los automóviles, el ruido y la controversia, todo se olvida. El alma flota, se mece y ondula igual que si se hubiera desprendido de la materia.

Y van entrando los fieles. Son mujeres casi todos los rezadores. ¡La mujer es la eterna alma triste que busca en el rezo una compensación a las groserías y fracasos del amor del hombre...! Van llegando suavemente, una tras otra, envueltas en su pañuelo o en su velo de crespón; traen su vestido negro; traen también una especie de cirio muy delgado de color amarillento, el cual cirio, que por su delgadez llamaremos «cerilla», está enroscado en forma de rueda. Las mujerucas encienden sus «cerillas», las dejan sobre el suelo, y ellas se arrodillan detrás y oran.

Entonces la iglesia aldeana adquiere un carácter místico de una fuerza y un encanto maravilloso. Todo está en silencio; nadie perturba la paz con bruscos movimientos ni con vanos ruidos. Arrodilladas detrás de sus «cerillas», rumiando interiormente sus oraciones, las mujeres aparecen como sombras inmóviles, como figuras extáticas; entre la negrura de los vestidos amarillean las lucecitas de las candelas votivas. Diríase una congregación de muertos cuyas almitas estuvieran temblando aún entre los cuerpos, a manera de luces, antes de hundirse en el misterio de lo infinito.

VISION DE PUEBLO ANTIGUO



LA bahía de Pasajes, en ciertos momentos de la marea, muéstrase al espectador como un raro acierto de tono, de colorido y de emoción histórica. Los barrios de San Pedro y de San Juan se desprenden del borde de la montaña y dejan que el agua bese su abigarrado y pintoresco caserío, componiendo un bello motivo de acuarela. Es una linda marina de corte veneciano, que el cielo cantábrico y la austeridad de la montaña hacen grave y lo salvan del peligro del cromo.

Desde el muelle donde amarran los grandes paquebotés, el barrio de San Juan se muestra especialmente encantador, con sus casas viejas, su larga calle sinuosa y sus portales blasonados. Son casas abolengas que alguna vez fueron levantadas con el oro de las Indias o con los dineros de los arsenales. Allí los capitanes de la flota del Rey estimaban descansar de sus heroicas navegaciones; allí los navíos artillados se recostaban al muelle, antes de

partir en busca de la canela de Tierra firme o de las especias de las Molucas. Hoy no viven sino humildes pescadores, y la abigarrada formación de casas se desmorona, se arruina.

El hombre sensible busca hoy con afán esos pueblos ilustres y viejos; nos llaman las ruinas con voces melancólicas, y sabemos todos un poco extraer de ellas inefables sensaciones. Es porque la arquitectura contemporánea nuestra nos defrauda y nos irrita. El corte y el tono de las construcciones modernas nos parecen tan groseros y desgraciados, que el espíritu busca una manera de huir; quiere refugiarse en el ensueño de lo antiguo para poder olvidar la realidad injuriosa de lo presente.

En esa misma bahía de Pasajes, junto a donde amarran los buques de altura, se levantan barriadas y almacenes de nueva construcción, hábiles para albergar obreros, oficinas, tabernuchos y mercaderías. Su aspecto ofende a la vista y al alma. No puede inventarse nada más chabacano y cruel, y nunca la razón de utilidad podrá sincerar la existencia de esa arquitectura, en donde la vida tiene obligatoriamente que ser baja, triste y fea.

Pero ante un pueblo ilustre y ruinoso hay el riesgo de que nuestra imaginación equivoque su camino. En efecto, los anticuarios y los pintores especialmente, y por contagio los diletantes, nos han acostumbrado a ver una ruina desde un plano actual, o sea por la ruina misma. Se efectúa así un fenómeno de traslación temporal, y resulta que, por el criterio utilitarista de un pintor o un anticuario, la casa bella y vieja la consideramos como un objeto perfectamente actual. Es decir, que terminamos por imaginar que la casa ha sido siempre vieja, y que su valor estriba en ser como ahora es. El horror a la fealdad moderna influye mucho sin duda en esta arbitraria maquinación imaginativa.

Sin embargo, conviene por momentos abandonar el criterio utilitario del pintor y exigir a nuestra imaginación que se porte delante de una ruina como a nosotros, amplios intelectuales, nos conviene. Entonces, una vez que la fantasía está a nuestro propio servicio, el pueblo viejo e ilustre podemos hacer que se traslade a su máximo período de vitalidad, cuando las casas surgían, todas nuevas y flamantes, del fondo de los conceptos sociales y religiosos, del seno de las disciplinas estéticas, sujetas a un estilo y animadas de un generoso aliento espiritual.

Ese barrio de San Juan que hoy refleja su pobre, sucio y roto caserío en la calma bahía, ¿qué presencia gloriosa y juvenil, noble y opulenta no tendría en el siglo XVI? Los muros de sus palacios presentaban al sol las piedras nuevas; en los sillares había aún la marca del cincel artesano; entre dos columnas renacentistas, al modo toledano, campaba el blasón del linaje. ¡Qué diferente aquella asunción de la casa patricia, de como ahora surge el *chalet* compuesto con hormigón armado y mampostería de contrata!

En la simple construcción de un depósito o almacén de mercaderías presidía entonces un sentido de utilidad estética, y no solo exclusivamente de utilidad económica. Hoy parece bien a los hombres que han pasado hasta por las Humanidades, que un depósito y una fábrica sean contruidos en vista solamente del interés metálico; con que cubran los objetos y los libre de la intemperie, ya es bastante. Mientras que los hombres de otra edad ponían en la factura de una lonja de comercio, de un depósito de mercaderes, la misma invención y la misma pompa artística que en una catedral.

Con sus casas renacientes, con los restos de la arquitectura ojival todavía en buen uso, con sus palacios de blasón recién levantados, un pueblo como Pasajes de San

Juan debía ser en el quinientos una cosa admirable, rica en belleza y en rango. A veces, cuando se armase una flota, la bahía investiríase de una solemnidad grandilocuente. Los artilleros de los fuertes harían tronar en salvas los cañones, y embocando la salida del canal, una próxima a otra, las naves con sus castillos altos descolgarían las velas, y lentamente deslizaríanse hasta el mar como insignes leviatanes. Vistasas flámulas en los mástiles; dorados adornos en el castillo de popa; enormes y artísticos fanales; estandartes del Rey cayendo como tapices suntuarios hasta la misma agua...

Es cierto que la tierra vascongada carece de sitios grandemente históricos y de ciudades memorables de importancia universal; no tiene cuadros gigantescos como Toledo, ni tesoros artísticos como el monasterio de Guadalupe, ni catedrales como las de León y Burgos, ni ciudades, como Sevilla, que canten con la voz prestigiosa de tres civilizaciones estéticas. Pero los viejos pueblos vascos, humildes como son por su pequeñez y su escasa universalidad, guardan, sin embargo, un tono de graciosa armonía y, sobre todo, un fino sentimiento de expresión nobiliaria, ayudado por la excelencia de un bello y vario paisaje.

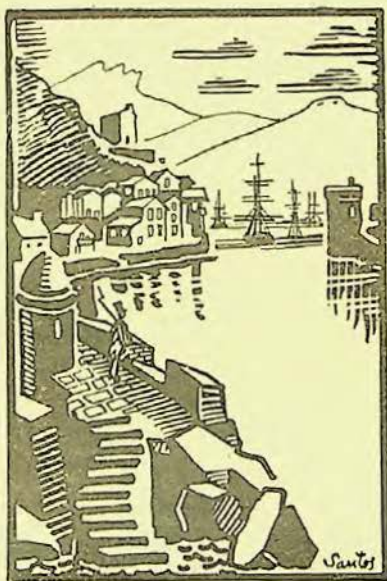
Los mismos vascongados han favorecido esa desatención y ese desmerecimiento, con una fría y casi bárbara mutilación de aquello que es lo más noble, expresivo y delicado del país. La furia industrialista no ha titubeado en situar una fábrica junto a un torreón antiguo, y el afán de la modernidad y de la urbanización geométrica están cometiendo constantemente, en villas y aldeas, verdaderos atentados. El vascongado moderno, en forma de concejal progresista, es un ser plebeyo que ha roto toda continuidad con sus antepasados. Tiene un concepto del progreso que se parece mucho al de los americanos; admira todo lo

extraño, es humilde con las modas extranjeras, cree en lo cuadrangular de las calles y en la altura de las casas, y siente horror por las piedras viejas. Una casa nueva en forma de *chalet*; una calle ancha y recta; una alameda gris; un *restaurant*... Esto es el ideal de la civilización y el progreso para un vascongado novísimo.

Si los filósofos y poetas de Atenas y Florencia hubiesen perecido arrasando sus obras al sepulcro, nosotros no dudariamos en atribuir a aquellos pueblos la excelencia cultural sólo con que poseyéramos el testimonio de sus edificios, de sus columnas y sus tallas, llenos de gracia eterna.

Podemos añadir aún que ciertos hombres excepcionales no bastan por sí solos para patentizar la alta cultura de un pueblo; los genios son muchas veces frutos aislados que no demuestran nada, que surgen a despecho de su propio país natal. La Beocia ruda y cerril produjo más de un genio. En fin, la civilización de un pueblo necesitamos comprobarla por los diversos fenómenos particulares y colectivos, y ella será admirable cuando se nos presente armónica, intensa, amable, dotada de buen gusto y de un culto delicado por el adorno.

El culto del adorno representa al cabo y positivamente la talla, el nivel, el grado de la vida de un pueblo. En la casa limpia, barnizada y sin pretensiones estéticas de un



holandés actual, sabemos que vive un hombre de vida sensata, suave y abundante. No es todo, pero ya es mucho. En un palacio renaciente de Florencia sabemos que vivía un hombre de gustos exaltados, que ponía su orgullo en escoger un traje bello, y que se preocupaba hasta la fiebre, en hacer que las ventanas de su palacio fuesen armoniosas, que la estatua del patio de honor fuese una obra consumada, que el anillo de su dedo saliese del troquel de Benvenuto Cellini.

Veamos ahora: ¿Qué especie de alta vida nos atreveríamos a imaginar que existe en esas barriadas, en esos *ensanches* de nuestras poblaciones modernas?... Cuando nos situamos frente a esos edificios y barrios, la palabra barbarie no podrá parecernos excesiva ni injusta.

Junto al ruido y al humo de las villas industriales, cerca de los alegres y mundanos pueblecillos de la costa, apartados de la vanidad turista y veraniega, los viejos pueblos vascos duermen su sueño de lejanos siglos, al amparo de su grande iglesia y rodeados de solemnes montañas, Oñate, Segura, Vergara, Elorrio, Marquina, Orduña...

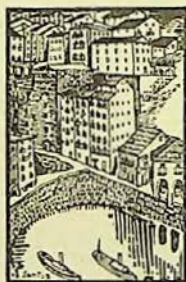
En esos pueblos linajudos hubo alguna vez una vida intensa y elevada que nosotros conocemos tan someramente. Esas casas aboengas, con sus escudos heráldicos y sus torreones, nos hablan de las luchas de *oñacinos* y *gamboinos*, ricas en episodios trágicos y expresivas de aquel afán de dominio y violenta superación que formó el fondo del carácter vascongado. La Universidad de Oñate, nos habla de una flor renacentista y docta que se abría en el país, animando a los hidalgos y clérigos en la época de las grandes y bellas aventuras, cuando las empresas de España abrían tan ambiciosos caminos a los capitanes, pilotos, secretarios del Rey y evangelizadores vascongados.

Quien desee salvar el peligro de una inculta obceca-

ción, necesitará siempre obedecer al mandato de una realidad histórica. Y es bien cierto que nada se podrá intentar en asuntos vascos, sin tener en cuenta la influencia castellana, el íntimo y constante contacto castellano, lo mismo en historia, como en arte, como en cultura general.



UNA PAUSA EN MOTRICO



PUEDE llegar un momento en que sintamos que los vivos, los que van y vienen a nuestro lado, no tienen nada nuevo que decirnos. ¿Por qué hemos de interrogar siempre a los que viven? Los muertos también tienen algo que decir. Precisamente en esta bella tarde estival, mientras el automóvil me llevaba por la pintoresca costa de Guipúzcoa, he tropezado con uno de los muertos más representativos y gloriosos. Es aquel que supo adornar su vida con las mejores galas de la inteligencia, del fecundo estudio y del noble comportamiento social, y que para trance de morir escogió la alta y sublime postura del héroe.

El pueblo de Motrico no le debe a la naturaleza demasiados favores. Una pequeña caleta, unas colinas de rápida pendiente y el mar, borrascoso e inexorable, como única salida posible. Pero Motrico, sabe aprovechar lo poco que le otorgan y ahí se desenvuelve, en el fondo del acantila-

do, apretándose entre la caleta y la colina y tan feliz, por las trazas, como la población mejor situada.

Algunas de sus casas tienen una elevación absurda, por imposición de la difícil topografía y esto mismo contribuye a darle al pueblo un aspecto de simpática originalidad. Hay, por ejemplo, una especie de rascacielos del siglo XV, una casa gótica de seis o siete pisos que luce sus ojivas y ajimeces de la época feudal como una anticipación de la arquitectura neoyorquina, en plena Edad Media. En la dársena se amontonan los vaporcitos y los barcos de pesca mientras los carpinteros y calafates, en un astillero improvisado junto al malecón, construyen un gran barco de altura.

Todo en el pueblo de Motrico está mirando de cara al mar. Todo el pueblo se comprende que ha vivido siempre bajo la preocupación del mar. Y que los ricos señores como los simples ganapanes no han visto el mundo ni han interpretado la existencia, sino como una posibilidad de diseminarse y huir en aventuradas navegaciones. La familia de Churruca, poderosa y hacendada, no podía librarse de esta obsesión navegante. Cuando Cosme Damián, flor de la estirpe ilustre, quiso hallar un destino noble para su vida, se inclinó fatalmente del lado de la mar, como todos sus compatriotas, y fué a ceñir la espada de cadete en la Real Armada.

Ahora está ahí, en la plazuela solitaria, convertido en mármol glorioso. Todavía mantiene el brazo extendido en actitud de ordenar mandatos supremos, antes de que una bala de cañón le segase las piernas frente a la funesta costa de Trafalgar. Está ahí, sereno y firme, como cuando presidía la hecatombe del combate espantoso desde el castillo del «San Juan Nepomuceno». Todo se perdió entonces. Las vidas, los hermosos navíos de tres puentes, la flota entera, el porvenir de España. ¿Todo...? No. El honor que-

dó en salvo. Y Cosme Damián de Churruca era de aquéllos para quienes el honor vale mucho más que todas las grandezas del mundo, puesto que careciendo de él la vida de los hombres carece absolutamente de sentido.

En el silencio de la plazuela solitaria me acerco al héroe convertido en mármol, y antes que nada salen a mi encuentro unas sencillas palabras escritas sobre el pedestal. Nunca un epitafio pudo ser más bello, más conciso y conmovedor: «Vivió para la Humanidad; murió por la Patria», ¿Qué otra cosa puede ambicionar un hombre noble, inteligente y valeroso? Churruca era hijo de su siglo; perfeccionó su inteligencia en el culto de «las luces», y como tantos otros caballeritos de la época, se entregó con excitada curiosidad al estudio de las ciencias y las artes. Pero ni sus trabajos científicos ni su amor al progreso lograron arrebatarle la ingenuidad varonil del alma. El erudito, no aniquiló al generoso. Cuando la Patria le exigió el supremo sacrificio, el hombre que había trabajado por el progreso de la Humanidad dió su vida noble y magníficamente, con la sencillez de los grandes. Y ni toda la sensualidad racionalista del siglo XVIII, ni todo el esceptismo enciclopedista de la época de la «Ilustración» impidieron que muriese a la buena manera antigua, como el caballero que obedece a este único imperativo moral: Servir.

¡Ya está! Ha sonado la palabra definitiva en la plazuela solitaria, y si yo me figurase ahora que estaba interrogando al héroe de Trafalgar en una interviú secreta, ninguna otra revelación podía pronunciar primeramente el personaje hecho mármol. Con el brazo extendido en actitud de mandar, Churruca, no obstante ese gesto autoritario, dice lo único que aprendió desde que era niño y lo único que rigió todos sus actos y todos sus pensamientos morales en la vida: Servir...

¿Se nace para la libertad caprichosa o para la servidumbre consciente? ¿Qué es más digno en el varón perfecto, el albedrío sin sanciones o la obediencia a un deber, a una regla, a un ideal? Los más grandes y bellos momentos de la Historia, los más fecundos períodos en obras, ademanes e ideas son aquéllos precisamente en que los hombres conocían todo el profundo sentido de esta sola palabra: Obedecer. Y es sin duda exacto que nunca encuentra la Civilización más abierto y libre el camino de las grandes inspiraciones y las atrevidas y hermosas realizaciones que en los momentos en que la escala de las jerarquías se mantiene más rígidamente de pie. O sea, cuando cada uno ocupa su puesto, igual que en un navío a la hora del zafarrancho de combate. Los expresó la Escritura a su tiempo: «la vida es milicia», y esta verdad no podrá ser rectificada nunca. Lo que importa entonces es que sepamos permanecer en nuestro puesto para vivir con fuerza y morir con dignidad. Vivir con fuerza significa entregarse fervorosamente al servicio de la Humanidad y tender a que los hombres sean mejores, más felices e inteligentes. Significa esforzarse en la conquista de los progresos que hacen más rica y amable la existencia de la sociedad, y poner en una investigación científica o en un trabajo artístico todo el entusiasmo de un alma vigilante y ardiente. Morir con dignidad ya es más sencillo para un espíritu noble. Cuando a lo largo de la vida se ha tenido presente siempre la obligación de corregir la actitud y mantener la tensión de la conducta, el hombre de honor sabe cómo se ha de morir y lo ejecuta sin esfuerzo. Morir por la Patria es la más hermosa de las muertes. ¿Qué hay en el fondo de esa palabra: obedecer? ¿Se obedece muchas veces a una orden equivocada? ¿Es cierto que yo presentía que el combate estaba mal organizado? ¿O sospechaba acaso que España, fiándose a la suerte de Napoleón, cometía un error fatal?... Pero los

hombres de ahora no conocen el sentido profundo de la idea de servir. Sólo saben analizar. Yo preferí inmolarme, a la noble manera antigua, sobre el puente despedazado del «San Juan Nepomuceno»...

Un tropel de chicos invade la plazuela con jocunda algarabía y asalta con ingenua irreverencia el pedestal del héroe. Queda así cortada bruscamente la especie de comunicación ideal que por modo imaginario manteníamos, como una intervíu confidencial desbaratada por la presencia de un intruso. Pero el héroe me ha revelado cuanto sabía; no tiene, en realidad, nada más que decir. Vivir para la Humanidad y morir por la Patria; es lo único que puede explicar y enseñar. Eso es todo. Cabe en unas pocas palabras y asume, sin embargo, la grandiosidad del mundo.

¿Pueden los hombres de hoy detenerse a escuchar el sentido profundo de esas palabras? Los hombres de hoy escuchan otras voces y prefieren seguir otras normas. No tienen tiempo para oír las palabras antiguas. Llegan en oleadas tumultuosas, bullen y gritan con acento de torre de Babel y pasan y se hunden en la sima de su propia ansiedad. En cada esquina se encarama un distinto predicador de nuevas verdades y de nuevas normas. Y entretanto la muchedumbre exige airadamente una panacea que le permita ensanchar el círculo de sus goces y de sus libertades. Muchedumbre. Toda la Humanidad se va convirtiendo en muchedumbre, como en las viejas civilizaciones asiáticas. Y existen ya grandes pueblos que toman la forma de masa uniforme sometida a la ley sultanesca de una idea única y de una voluntad. Es la venganza implacable del destino. Y así, aquéllos que se ufanaban de romper unas cadenas, se ven de pronto oprimidos por otras más fuertes y humillantes.

En la plazuela solitaria, en la calma sencilla y feliz de Motrico, apartado refugio de pescadores, ahí necesito

dejar al héroe en su actitud de mando, como cuando desde el puente de su acribillado navío mandaba a sus hombres lo único que creía razonable y cierto: Servir hasta el final; morir con honor... El automóvil estalla repentinamente en zumbidos, se precipita por la carretera y yo regreso a la ciudad, al fondo espeso y voceador y gesticulante donde se agitan las muchedumbres.



LA PEQUEÑA URBE GRANDIOSA



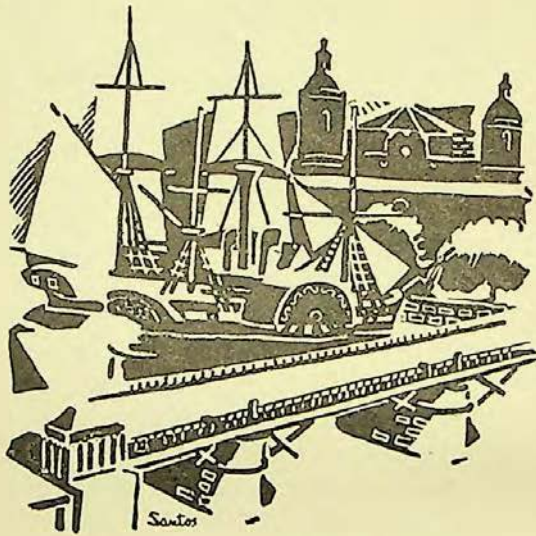
LAS ciudades se retratan con la misma ingénuva vanidad de las personas. Pero los retratos modernos, de tanto como ha progresado la fotografía, lo que ganan en exactitud lo pierden en gracia encantadora. Es mejor acudir a las viejas estampas para comprender la profunda expresión de las ciudades famosas. ¿Era ya

famoso Bilbao cuando se hizo retratar en esa estampa venerable, en que aparece el apretado caserío confinado entre la iglesia de San Antón y la ría por donde navega una galera de popa empingorotada? Si no era del todo famoso, cuando menos aspiraba a serlo. Algo le estaba insinuando a Bilbao que el destino le reservaba una suerte de altura y de grave responsabilidad. Llegaría una hora, en efecto, en que el breve y humilde caserío de la vieja estampa habría de desparramarse por las colinas y las vegas, hasta el mar, y en que todo lo largo del estuario se cubriría de gigantescos navíos empavesados con banderas de veinte naciones distintas.

Un desarrollo tan grande y tan rápido tiene todo el aire de las creaciones y expansiones americanas. Pocas ciudades en España pueden reclamar, como Bilbao, con tanto derecho su parecido con América. Pero hay una diferencia; que en América las creaciones carecen de abolengo, y Bilbao, hasta en sus tiempos de mayor humildad, era ya una villa de sesudos negociantes investidos de los mejores atributos de la hidalguía. El libertador Bolívar la conoció en los años bastante tormentosos de su juventud. Bolívar tuvo trato con aquellos mercaderes bilbainos de espesas patillas y severos redingotes que desde el fondo de sus «escritorios» monopolizaban, por ejemplo, la contratación del bacalao en la Península; conoció también, sin duda, las «ferrerías» donde se manipulaba el hierro de Somorrostro. El tiempo se ha encargado de operar las sorprendentes mutaciones. Y Bilbao no ha desperdiciado el tiempo ciertamente. Aquellos oscuros y familiares escritorios del comercio del siglo XIX se han transformado en esos Bancos poderosos que hoy rigen el mayor volumen de las finanzas españolas, y aquellas rudimentarias y patriarcales ferrerías son ahora las ingentes fábricas, los colosales Altos Hornos que reflejan su grandeza sobre las aguas del Nervión.

El río dinámico —como lo titulamos en otra ocasión—. Sí; déjese para el Guadalquivir la gloria de fértiles campiñas y el panorama de Córdoba, con la mezquita, aproximándose a la corriente cuatro veces histórica: que el Júcar pueda reflejar la alegría de los naranjales y los palmares; que el Ebro robusto vaya al mar como una brecha opulenta; sea grande el Tajo por la planicie entonada de Castilla y en los recodos insignes de Toledo. El Nervión no es más que un arroyo; sin embargo, por la virtud expansiva y como milagrosa de la marea, el parco río se convierte en un hondo brazo de mar, en un puerto prolongado, que vibra y alienta con un insuperable dina-

mismo. Los otros ríos serán grandes, bellos o teatrales. El Nervión es un río dinámico; el río esencialmente moderno; el río maquinista, industrial, activo, osado, vehementemente, invasor y ambicioso. Como la Humanidad, como la civilización actual. Hermano de los otros ríos septentrionales, como el Elba y el Támesis, que llevan tierra



adentro las flotas de carga y el temblor de las máquinas. De igual modo que Bilbao es hermano de las grandes urbes fluviales: Londres y Hamburgo, Rotterdam y Amberes.

Pero mucho más pequeño. Le pasa lo que al río, que es tan insignificante en el sentido de la Geografía y hace, sin embargo, las mismas poderosas acciones de los más grandes ríos de la tierra. Bilbao no ha tenido tiempo de convertirse en una ciudad enorme: hasta le gusta conservar el nombre antiguo y modesto de villa, y en España hay tres o cuatro poblaciones que le aventajan en número

de habitantes. Eso no importa para que la población, que no pasa de ser una villa, cuente con un interno vigor, con una fuerza actuante que le coloca en el primer término de la vida de España. Allí reside la originalidad y lo admirable de Bilbao. En esa reconcentración de potencia en el menor espacio posible y con la menor teatralidad imaginable. El viajero que por primera vez penetre en la población, acaso se figure que ha llegado a una capital de provincia cualquiera, ni mejor ni más importante que otras de la región cantábrica. Pronto se percata de que está precisamente en una gran factoría negociante, similar a las más fuertes del mundo.



¿Fuerte nada más? ¿Por ventura cuenta Bilbao sólo con la fuerza de sus fábricas, sus minas, sus Bancos, y sus flotas comerciales? La fuerza no es nada si no la asiste la delicadeza. Y en los últimos treinta años ha producido Bilbao un arte que, efectivamente, se distingue por su noble intención delicada. Nota de incomparable delicadeza fué la escultura de Mogrovejo, como es profundamente delicado el arte del pintor Arteta; y Darío de Regoyos, que casi convirtió a Bilbao en su verdadera patria, todo él estaba hecho de emoción y delicadeza. Para los trabajos del porvenir, para las horas de lucha y de renovación que le esperan a España, Bilbao es la gran reserva de energía dinámica y de espíritu creador. Fuerte por la voluntad de acción y fuerte por el vuelo de la idea; tal como exige el sino de nuestro tiempo.

LAS MINAS DE SOMORROSTRO



LAS mañanas de Bilbao suelen tener un matiz inconfundible. Nube y nieblas se agarran a las montañas y apenas si cuando sale el sol empiezan a descorrerse con pereza, como cosas vagas que tienen mucho sueño y no acaban de decidirse a despertar.

El tren que marcha a las minas sale del mismo pie del puente de Isabel II; es un tren vivaracho y alborotador, semejante a todos esos trenes vivaces de las zonas industriales. A medida que el tren avanza la niebla se diluye en la luz matinal, el valle se ensancha, la ciudad, queda rezagada. Abajo se agolpan los buques junto a los cargaderos. Más allá se ven todavía las huertas y los prados idílicos de Deusto, y bordeando la ribera se divisan los palacios y granjas de los ricos, esos famosos potentados bilbainos que han sabido atraer por espacio de tanto tiempo la curiosidad de España. Hay a lo largo del Nervión como un robusto despertar de todas las fuer-

zas protectoras. Hacia el lado de la mar se levantan las colosales chimeneas de los Altos Hornos. Entran y salen los obreros, silban las sirenas, se cruzan los trenes con los tranvías. Y el sol va ascendiendo en el espacio y rodea las cosas, las más discordes y enemigas, con su igualitaria conciliadora luz.

De repente el tren se desvía del cauce del río y emprende la carrera por la cuesta de un valle, hacia el corazón de las minas. Primero aparecen blancos caseríos, alguna tranquila aldea, o una carretera por donde caminan borriquillos y yuntas de bueyes. Cuando más amable y sereno era el paisaje, bruscamente asoma un plano inclinado, luego un tranvía aéreo, una escombrera de mineral. Estamos en Ortuella, punto avanzado de la zona minera.

En Ortuella se descubren los primeros mineros. Son hombres toscos, robustos y lentos, manchados de un uniforme color amarillo que les tamiza desde la cara hasta los zapatos. Aquí ha perdido ya la vida esa flexibilidad que caracteriza el trabajo libre y más civilizado de las ciudades; aquí la vida está reglamentada, medida y subordinada por voluntades enérgicas. El vaivén de los trenes, el golpe de las azadas, el paso de los hombres, todo adquiere un cierto aire de militarismo.

Para subir a Gallarta es necesario abandonar el tren y seguir una cuesta de empinado camino, por entre campos de maleza que en otro tiempo serían praderas y maizales que ahora solamente son eriales, embravecidos ante el avance de las escombreras. ¿Cómo ponderar la fuerza, lenta, invasora y trágica de estas escombreras? Parecen dotadas de una íntima conciencia destructora. Nada respetan; son torrentes de escoria rojiza que surgen de la cumbre de un monte y avanzan inflexibles hacia el valle, y expulsan o se tragan los sembrados jugosos, los limpios arroyuelos, las pacíficas viviendas. Tienen esas escom-

breras un algo de ciega autoridad o de fatalismo. La mina necesita desahogarse y allá van las escorias acumulándose y rodando por la ladera abajo.

A veces se tragan un hombre, en algún súbito corrimiento de tierras y esto suele ser lo más triste. Pero la escombrera, brazo de fatalidad, no atiende al árbol, a la casa o al hombre soterrados; el mineral tiene prisa y necesidad de salir; la vida mecánica del mundo tiene prisa y ante nada se detiene.

Esas rojizas escombreras que avanzan tragándose todo, son la viva expresión de nuestro régimen moderno autoritario, fatal, hecho de grandezas avasalladoras.

Rodeando el camino, en lo alto de una verde colina aparece una casa blanca, que es el hospital minero. Más adelante, surgiendo como de encanto, ved allá arriba, en el repecho de la montaña, el pueblo de Gallarta, centro de una extensa zona minera.

Nada tan extraño, tan original y fantástico como esa población. ¡Tiene un color especial que no se parece al color de ningún otro pueblo del mundo; color entre pardo y rojizo, que da a las casas un aire de vetustez y ruina.

El pueblo es nuevo y parece sin embargo tener mil años de vida. Las casas están puestas en anfiteatro, unas encima de otras, encaramadas en la vertiente del monte. La iglesia destaca su mole sobre los tejados. Y encima del pueblo, para que el cuadro tenga perfecta originalidad, hay una crestería de rocas puntiagudas, alineadas, negras, como un sueño del Dante.

Sinceramente confieso que al subir a las minas de Somorrostro llevaba yo hecho, como buen hombre de letras, mi cliché correspondiente. Llevaba yo una visión tétrica de las minas, en que se reflejaban imaginarias cavernas, galerías profundas, fuego, grisú. Pero en las mi-

nas ésas no hay subterráneos, ni lóbregas galerías, salvo alguna rara excepción. Están las minas expuestas al sol, como unas simples canteras, y el trabajo se verifica al aire libre, en grandes explotaciones que ocupan inmenso espacio, en donde los obreros, pueden cuando menos respirar el aire de la montaña y ver el panorama del cielo. Se hallan las minas en las laderas y las cumbres de los cerros, de modo que sus propietarios no tuvieron más que descubrirlas, armar un ferrocarril, escavar la tierra y llevarse el mineral al mar. Han sido, pues, las minas vizcaínas un negocio rico y redondo, mejor que el de las minas de oro, y origen de fortunas increíbles por lo rápidas y



grandes. Tan sencilla era la explotación que en menos de veinte años se han agotado minas que parecían eternas. En el primer momento, los propietarios sólo se cuidaban de escoger la vena, vertiendo el mineral de poco valor en las escombreras; pero ahora, cuando algunas minas se han agotado, aquellos residuos que antes se despreciaban comienzan a utilizarse por medio de máquinas lavadoras. Son esas minas como los terrenos fecundos, que rinden dos cosechas.

Algunas de las minas se han agotado. Una mina muerta es una cosa muy triste y desolada. Figuraos la cumbre de un cerro que ha ido royéndose poco a poco y que ha quedado al fin, vacío de tierra; una concavidad profunda y extensa se abre en forma de circo y de cráter, y allí permanecen en pie las rocas calizas, agudas y altas. Una vagoneta yace olvidada en un rincón de la sima, una casa de obreros abandonada empieza a arruinarse, las matas nacen de las grietas, recuperando su antiguo dominio. Silencio, soledad y desolación.

Pero las minas, para dicha de los bilbainos y de la industria universal, no se agotan a un tiempo; por cada cerro que se vacía, hay otro cerro que nace a la explotación, henchido de mineral, sin contar el mundo subterráneo que aún no se ha empezado a explotar.

En la parte alta de la montaña, las ideas tétricas que acompañan a toda evocación minera, desaparecen del ánimo, ante el soberano paisaje que abarcan los ojos. Abajo se tiende el Abra del Nervión con las risueñas y blancas poblaciones de Algorta, Las Arenas, Portugalete; las chimeneas de Altos Hornos humean en el fondo del cuadro; sobre las tierras bajas que se extienden al pie de Gallarta, blanquean los caseríos; enfrente asoma el mar, por entre las montañas de la costa; y los barcos salen del puerto, con ese glorioso afán de las naves comerciantes. Flota una honda calma en la montaña y los ruidos del trabajo toman aire de bondad y de inocencia al llegar a la cumbre; el golpe simétrico de un picachón, el rodar de una vagoneta, el estampido de un barreno, el silbido juvenil de una locomotora, suben hasta el espectador como cernidos, depurados y limpios de acritud...

Sin embargo, descendiendo a las explotaciones de la zona baja, el cuadro adquiere mayor fuerza dramática; allí acude la visión del trabajo moderno, ese trabajo simétrico, frío y sin entrañas que anubla el cielo de nuestra época. A la orilla del camino se aprietan las miserables casas de los obreros, empañadas por informe tinte rojizo del mineral, y a sus puertas asoman algunas mujeres pajizas, sin juventud ni belleza, que llegaron de los cuatro vientos de España a envejecer en esas soledades. En las pobres casuchas viven los mineros hacinados a veces en una sucia promiscuidad de sexos. Gracias al sol, el cuadro

no se ennegrece totalmente. El sol, piadoso padre de las criaturas, que regala un poco de alegría, y que hace saltar y reír a los chiquillos cobrizos. Los chicos, con las nalgas al aire, saltan y ríen como si efectivamente su porvenir fuera un bello camino de rosas.



CANCION DEL ESTIO ALEGRE EN SAN SEBASTIAN



TODO el verano se agranda y magnifica a mi mirada en una hermosa plenitud. Contemplación. Indolencia. Dulzura. El mar que en el invierno bramaba como una olla hirviente, ahora presenta la tersura inofensiva de un lago. Y las velas blancas de los balandros deportistas y los humos mansos de los vaporcitos pescadores lo surcan ahora como si fuera, todavía más que un lago, un estanque. El sol es más grande que todos los soles del año; cuando va a sumergirse en el mar y queda un instante suspenso sobre la línea del horizonte, parece una milagrosa aparición astral que acabase de ser corregida y agigantada por su descontentadizo Creador. Entonces surge a veces por el lado opuesto, la luna, brotando materialmente de entre las mismas montañas, pero tan enorme, tan redonda, tan vehemente y enrojecida, tan distinta de la pálida y fría luna habitual, que sugiere la presunción de que el cielo ha querido escamotear la noche

y va a comenzar de nuevo el día con un sol extraño y prodigioso. Es la hora en que empiezan a guiñar los faros en la penumbra de la costa, con rápidas guiñadas de luz viva, con paréntesis apagados, con repentinos y sostenidos fulgores de rubí, lo mismo que unos espías que estuvieran haciendo señales a una flota invisible de submarinos, o como cómplices contrabandistas apostados para un gran alijo nocturno.

La playa de oro de La Concha, se cubre de bañistas. Una población de toldos de colores invita a imaginar que una gran tribu de indios lejanos ha venido a acampar en la playa. De los trapecios y las plataformas que tienen los gabarrones municipales, anclados próximos a la orilla, cuelgan voluntarios gimnastas desnudos y saltan y se desprenden con soltura y alegría de auténticos polinesios. Un buque de guerra, uniformado de gris, se dispone a disparar salvas enormemente ruidosas, y a ese hueco y falso retumbo guerrero responden en tierra los estallidos penetrantes de los cohetes, que anuncian para la tarde la corrida de toros. Mientras tanto, cantan las campanas en las antiguas torres, el místico gozo de la fiesta patronal.

Y flotan banderas recién estrenadas en mástiles improvisados, valientes banderas españolas que, sobre el fondo azul del cielo y el verde azulado del mar, se invisten de una redoblada fuerza colorista y parecen, según eso, más españolas que nunca. Es cuando acaso entra en la rada un buque negro con una franja roja sobre la línea de flotación, y al detenerse, como jadeante por la fatigosa jornada (sabe Dios de qué lejanos puertos viene), suelta con la sirena un estremecedor alarido animal que llena de alarma los alrededores. Las grúas trepidan y chirrían en los muelles. Las bodegas de los panzudos buques de carga se vacían en interminable hilera de sacos que huelen fuertemente a trigo, a café, a corteza de coco, a melaza. ¡Hurra!

En alguna taberna, unos marinos ingleses, de cabezas como el lino, bailan la danza de oso de la borrachera.

Pero en todo el borde de los malecones ha brotado una teoría de pescadores de caña, y es como nada atractivo y sedante el poder contemplar la beatífica calma del pescador, que está sentado y no tiene prisa, mientras las aguas se tiñen junto al corcho, de los repentinos reflejos plateados de los peces que vacilan y lo piensan mucho antes de picar. Hasta que la paciencia del flemático pescador puede más que todo, y al último sale del agua coleando un pez, alegre nota de plata viva en el aire impregnado de sol.

Los imponentes acantilados, en cuyos rebordes de roca anidan las gaviotas, que emiten ásperos gritos y que van, como aviones de combate en escuadrilla, a reservadas y lejanas aventuras por el mar. Allí, en los senos y remansos que forman las peñas aglomeradas, en aquellos salvajes rincones de la costa desierta, donde se figura inminente la aparición del Polifemo de Ulises entre un cortejo de titanes, allí el agua transparente deja ver los animales inverosímiles, los peces de colores más bellos, de más arbitrarias formas, y las estrellas de mar incrustadas en la rocosidad submarina, junto a los erizos de mil púas moradas y los cangrejos grotescos y homicidas con las feroces armas de sus muelas, en tanto que algún pulpo siniestro surge de su misterioso antro y nada, viscoso y terrible, en busca de una presa. Las olas tienen allí, contra las peñas, exaltados matices de líquida esmeralda y blancura de espuma inexpresable, mientras sus estallidos recuerdan el son del trueno o también el bajo retumbo del órgano.

¡Oh, dichosa aparición de un bergantín a toda vela! ¿Quién osaría entonces frenar la imaginación? A su vista se levantan en el centro de la fantasía todos los instintos de ensueño de la raza y todos los anhelos que los antepasados dejaron incumplidos. ¡Navegar, navegar es lo

necesario! Y entonces desearía uno convertirse en un capitán pirata de los que no matan a nadie y mandar disparar los diez cañones de cada banda y salir, entre el humo de las salvas y la música de las canciones, con rumbo a uno de esos países portentosos que sólo suelen aparecer en la Geografía de las novelas de folletín.



EL CEMENTERIO DE LOS INGLESES



EL monte Urgull se empapa en el verano de una fuerte alegría solar; la colina está expuesta al sol, entre la ciudad y el Cantábrico, como una ampolla de verdor y de piedra, que dijérase pronta a ser arrastrada en vilo por los huracanes del otoño.

Pero hacia septiembre, cuando llegan las primeras marejadas equinocciales, en ese momento en que el año queda conmovido por el presentimiento de la caducidad (es la hora de las primeras hojas secas y de los crepúsculos fríos), entonces la colina que da sombra y reparo a San Sebastián, tiene su mejor instante. Los días son claros, el cielo muestra un azul intenso y jubiloso, el mar parece, por lo azul, un mar del Mediodía, y las gruesas marejadas al romper en los peñascos, se descomponen en inauditamente blancos montones de espuma y en profundos truenos. Es como un rumor discontinuo de un órgano salvaje.

En aquel tiempo, el monte Urgull no había perdido su rango de fortaleza histórica y fronteriza. Se le llamaba «El Castillo», puesto que verdaderamente lo era, y sólo algún raro casticista empleaba el nombre de Urgull. En las dos puertas de acceso montaban la guardia los soldados, y no siempre podían los chicos pasar por delante del centinela sin oír la orden de ¡Atrás! Estaba, pues, generalmente el cerro entregado a una deliciosa soledad, solo turbada por el vuelo de las gaviotas o por algún pelotón de reclutas que allá en lo alto se instruían bastante difícilmente en el arte de tocar la corneta.

A media ladera, y en una breve depresión de la colina, está el Cementerio de los Ingleses. En aquel tiempo, cuando nosotros éramos muchachos, ese extraño camposanto militar, no había atraído la atención de nadie; en la ciudad no se preocupaban de convertir el sitio en un motivo baedekeriano, y así las tumbas de los oficiales ingleses disfrutaban de ese encantador abandono que, para ser de veras poéticos, deben tener los lugares donde duermen los muertos.

Allí descansan los oficiales de las tropas inglesas que vinieron a combatir al lado de los españoles contra los carlistas. Aquello sucedió en los buenos tiempos en que la literatura romántica reinaba sobre la Europa entera. Y no sé qué aire de romanticismo, en efecto, animaba aquel solitario «Cementerio de los Ingleses», puesto, además, por milagrosa suerte, de cara al mar, hacia el lado de Inglaterra. A la edad en que el espíritu empieza a conocer el maleficio de las novelas y los versos, cuando las narraciones de Walter Scott y las imprecaciones apasionadas de Byron conmueven el ánimo profundamente, ¡qué expresión tan inefable tenía entonces el sitio! El sol, el viento, el panorama del mar, el silencioso retiro, daban al grupo de tumbas un encanto especial, mezclado de soldadesca y de literatura.

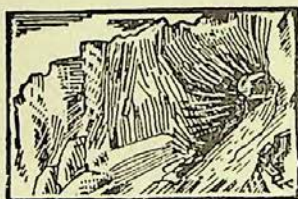
Allí mismo sufre un corte brusco y profundo la masa de granito de que está formada la colina. El corte en el granito adquiere la categoría de un alto acantilado en cuya cima se levanta la masa circular maciza del Macho. Toda la combinación de bastiones y casamatas que coronan la fortaleza, con el pesado torreón del Macho en la cumbre y el precipicio peñascoso al pie, sirven para componer sobre el «Cementerio de los Ingleses» un cuadro de una heroica y romántica belleza. Poco tiempo permanecerá esta belleza, porque el Castillo, pasando al dominio de la ciudad, correrá la suerte que sufren todas las cosas bajo las manos de los donostiarras modernos.

Son unas tumbas sencillas, puestas al descuido, sin un muro que las resguarde y limite.

Alguna de ellas luce un bajo relieve explicativo por el cual se sabe que el bravo coronel murió al forzar un puente fortificado; otra no ostenta más que los signos religiosos y las palabras de piedad y honor que se les deben a los que han cumplido hasta el último minuto con su deber. Todas están vueltas de cara hacia el horizonte, allá lejos, hacia donde se adivina que se levantan los médanos y las rocas de las costas inglesas.

¿Quién concibió la idea de depositar en ese sitio los cuerpos de los bravos militares? Fué una idea compuesta de amor, de piedad y de poesía. Vueltas las tumbas de cara hacia el Cantábrico parece que se incorporan y que están contemplando la amada tierra de Albión. El viento libre y áspero les trae rumores de inmensidad, y toda la extensión encrespada, conmovida, del mar abierto y grande es como si se abriese ante ellas para ofrecerles el mejor espectáculo que se le debe a un inglés; azul de mar y espuma de olas.

CAMINO DE LAS MONTAÑAS



UNA excursión a la montaña es siempre útil, primeramente porque nos obliga a ser humildes y porque comprendemos la vanidad de nuestras grandes *conquistas de la civilización*. Ante una cues-

ta empinada, sin otra ayuda que nuestras piernas y un tosco bastón, sentimos como si la Naturaleza se estuviese riendo de nuestro orgullo urbano, y de nuestro patético jadear. (Con las fauces muy abiertas, con el corazón que late apresurado, con las órbitas dilatadas, vemos las hayas seculares que nos rodean en círculo y nos miran compadecidas y absortas).

En cuanto a las grandes conquistas de nuestra civilización, en la pequeña estación de Bríncola se han desvanecido. El tren nos ha dejado en plena vía y ha desaparecido en un túnel. El ruido anterior se trueca en un silencio virgiliano. La prisa de antes se convierte en una filosófica lentitud. Una ermita en el barranco, unas casas de

labor entre los maizales, una modesta cantera enfrente. Dos o tres obreros acarrearán piedras desde la cantera a un carro, con calma, con reconfortada lentitud, asiduamente; mientras tanto, los dos bueyes de la carreta rumían dichosos, abriendo sus hermosas pupilas húmedas como un espejo en que se miran los verdes prados.

—Y bien, ¿cuándo sale la diligencia para Oñate?

—De aquí a una hora.

—¿Una hora?...

—Ni más ni menos. Tenemos que esperar al tren rápido de las seis y media.

Oigo con espanto lo que dice el mayoral, y mi petulancia de hombre moderno se pone a medir el valor y la trascendencia del tiempo. ¡Una hora! ¿Cómo es posible que pueda pasar una hora aquí, en esta soledad virgiliana? Y la hora de espera adquiere una fantástica dimensión, empapada de tedio y de vergüenza.

De vergüenza, en efecto. Los tres excursionistas, con nuestros maletines montañeses, hacemos casi una figura cómica. Resulta sobre todo risible nuestra nerviosidad, nuestra prisa e infantil mal humor, junto a la madura y filosófica calma de las gentes que nos rodean. Un mi-quelete, en mangas de camisa, nos contempla con inefable sorna. El jefe de estación se atreve a sonreír. Y el mayoral de la diligencia, gordo y de semblante picaresco, insiste a nuestras insinuaciones:

—No puede ser; tenemos que esperar al rápido... ¿Por qué no van ustedes a la venta? Allí hay buen vino.

Entramos, pues, en la venta próxima y pedimos alguna cosa que sirva de merienda. Discutimos un rato lo que podríamos tomar. ¿Hay cerveza? Nos dicen que no. ¿Hay sidra embotellada? Tampoco. Pero hay un fuerte

y ardoroso vino navarro... En fin, decidimos pedir nos sirvan chocolate. Cuando nos sirven el chocolate, un cantero, desde la carretera, nos mira piadosamente. La tabernera sonríe, deja las j caras delante y se va.

Ya se acerca el tren rápido. En la ecuanimidad de aquellas montañas, los hierros y las válvulas mueven un estrépito rechinante; la locomotora rasga el aire con su imperioso silbido. Se detiene el convoy un momento y parte hacia la boca del túnel, desaparece. Y torna, en el silencio virgiliano, a oirse el rumor del agua del arroyo y el sistemático tic tac de los canteros.

La diligencia está pronta. Tintinean campanillas y restalla el látigo. * Arre, Beltxa!...*



Todo, por tanto, se ha transmutado. Retrocediendo en un curso de quince lustros, el ánimo, humilde ahora y sometido, considera que la prisa de la civilización es una cosa tan arbitraria como inútil. Verdaderamente, llegar en diez minutos o en una hora y media, resulta ser igual y lo mismo. Y así, justificando a fuerza de razonamientos la parquedad del trote de los caballos, vamos subiendo una carretera magnífica, medio oculta en la sombra de los árboles.

Desde lo alto de la cuesta, he ahí el maravilloso campo de Oñate. Teatralmente se rodea de altas montañas; bosques centenarios la circundan; y el viejo y limpio pueblo milenario escoge el sitio más bello de la vega, y desde

allí levanta al espacio el macizo torreón del templo. Cae la tarde. Un convento medioeval junto a la carretera. Los caseríos, grandes como palacios, abren sus portaladas suficientes, y las inmensas parras trepan por los muros del edificio y lo cubren todo. Escudos heráldicos sobre el arco de las puertas. Una campana toca la oración. Por la carretera pasean sacerdotes, seminaristas en vacaciones, señoritas hidalgas que van de tres en tres y que dirigen a la diligencia (a los viajeros) furtivas miradas de curiosidad y sonrisas afables.

El coche espera. Es necesario partir, antes de que la noche avance demasiado. Trotan los caballos, y el coche marcha por la empinada carretera que conduce al seno abrupto de las montañas de Aránzazu.

La carretera sube y sube. Con un poderoso y benévolo automóvil, acaso la cuesta resultase más benigna. Pero otra vez acude al remedio la razón, y gracias a unos sagaces razonamientos concluye el ánimo por pensar que es mucho más gracioso el lento paso de los caballos, y que esto permite a los ojos contemplar con mayor certeza los pormenores del áspero paisaje.

¡Lástima que la noche se haya echado encima! Sin embargo, a la luz difusa del último crepúsculo toman las montañas un carácter imponente, fantástico, hiperbólico. De pronto parece que la carretera va a precipitarse en la negrura pavorosa de un abismo. Otras veces, encima de un talud, un árbol semeja ser algún monstruo antiguo que nos quiere devorar. Y allá abajo, mientras el coche sube, se columbra en la ignota profundidad una luz temblante, que probablemente será la lámpara a cuya claridad cena la familia del labrador, pero que la fantasía quiere que

sea la vaga antorcha de las brujas, los contrabandistas, los facinerosos...

Repentinamente, en un recodo brusco, aparece el monasterio de Aránzazu.



LA PATRIA DE LOS PASTORES



LA alegre campana del monasterio está llamando a misa, cuando yo, despierto por el bronce dominical, abro la ventana y veo las nieblas que ondean y vagan, deteniéndose en los árboles añosos como flotantes vellones de ovejas. Unos pastores vienen ya por los senderos de la montaña, a rezar la primera misa. Traen calzadas sus abarcas, y el vestido, limpio y parco, les huele fuertemente a suero.

Necesario es partir. Abandonamos, pues, la cómoda hospedería de Aránzazu, y siguiendo las pisadas de un muchacho que nos sirve de guía, afrontamos la cuesta. ¡Oh qué terrible cuesta! Es una cuesta infinita, inhumana, sin apelación y sin piedad. Una cuesta larga cuyo fin no conocen los ojos. Es un subir continuo y penoso que no termina nunca. Las más ásperas piedras martirizan los pies. Unas hayas de tronco robusto, de

ramas erectas y monótonas, acuden curiosas a contemplar al viajero. Y el viajero, que estaba aún mimado por la comodidad del lecho tibio en la hospedería, y que estaba viciado por el piso suave de las poblaciones, ahora asiste con estupefacción a los más extraños fenómenos físicos.

El corazón, primeramente, se ha puesto a latir con fuerza y alarmante celeridad; después el aliento se ha hecho tan difícil, que a pesar de abrirse la boca en toda su magnitud parece que no entrara a los pulmones ni una gota de aire. ¿Señor, qué es esto?... Las hayas centenarias rodean al viajero, como queriendo consolarle. Y la cuesta sube, sube, sube. Sin embargo, la dignidad suplente en el hombre inteligente las otras facultades del hombre primario y robusto. Y ante el seguro andar de nuestro guía, yo persisto en subir y logro, en efecto, que al poco rato el corazón se tranquilice, los pulmones se ensanchen y las piernas adquieran una feliz elasticidad.

Hay un punto en el camino que sirve como de tránsito transcendental. Al detenerme y volver la mirada atrás, distingo, allá abajo, el monasterio de Aránzazu prendido a las rocas, colgando sobre el precipicio. Lejos, en cuanto alcanza la vista, las montañas se acumulan, se aprietan, se levantan una sobre otra, en un tumulto grandioso, como poseídas de un temblor y una vida mitológicas, como piensa la imaginación que estarían en el primer momento del mundo, cuando la tierra era blanda, maleable, turbulenta.

Luego, en seguida, la cuesta ha terminado y el paisaje sufre una alteración radical. Ya no se distinguen más edificios ni campos labrados. El mismo horizonte se ha circunscrito. Estamos en una especie de cazuela, circuida de crestas rocosas que hacen las veces de una muralla, un borde, una frontera. He ahí la campa o meseta de Urbía, país de rebaños, aislado del mundo, sin comunicaciones,

sin pueblos, sin ningún vestigio de lo que llamamos civilización. Un país frío y raso, de cuatro o cinco kilómetros superficiales a 1.200 metros de altura sobre el mar.

Al principio se imagina el viajero que lo han transportado las hadas como en los cuentos antiguos. Todo es diferente. La hierba misma es distinta, pequeña, sutil y apretada contra el suelo a modo de alfombra. La monotonía de esa pradera inacabable acaba por causar a la mente algo como una obsesión. Todo se halla rasurado, rapado; todo está supeditado a la igualdad y perseverancia de esa fina alfombra de césped... Hay un silencio que no se asemeja a ningún otro silencio; es un silencio positivamente pastoril. En el aire flota el grato tintineo de las invisibles esquilas, algún balido llega de lejos a veces...

Y allá fuera, entre los pliegues de unas rocas grises y puñimentadas por los hielos, el guía nos señala un *pueblo*.

Un pueblo, claro es, que disiente de toda idea urbana. Son una docena de chozas hechas con pedruscos sueltos y techadas con maderos toscos y lonjas de tierra. Cada choza ha escogido el lugar más apto. Se recuestan al abrigo de las rocas, y quieren como enchufarse en el terreno, para evitar los ventarrones.

Penetro en una de estas viviendas. Agachándome, para no pegar una cabezada, doy un paso y por poco no me ahogo. Al fondo de la choza hay encendido un fuego de leña, y el humo, que no halla rendija por donde evadirse, llena, empapa, tuesta la pobre habitación. Pero es necesario; los quesos redondos y grasos que se posan en unas maderas, a conveniente altura, van zahumándose poco a poco y quedan así bien curados y comestibles. Después, en aquel breve antro, hay diversos utensilios domésticos; una cama rústica fabricada con arbustos secos, una económica despensa, unas ropas colgadas, unas pieles. Recuerda a las cabañas de los lapones.

Así viven, contentos o resignados, los pastores de Urbía. Varios pueblos de la alta Guipúzcoa tienen opción a pastorear en la meseta. Llevan sus rebaños por la primavera, los dejan sueltos, y con las primeras nieves bajan a las tierras tibias de la costa del mar. Hacen su vida patriarcal y honrada. No se molestan ni ofenden unos a otros; se ayudan mutuamente; respetan las costumbres y las leyes del lugar; se reúnen en cónclaves, para concertar el precio de la lana o para dirimir sus asuntos comunes. Todo lo hacen con calma, con claridad, con simple y masculina buena fe. Viven sobriamente, se alimentan de lo preciso y dejan que las horas traigan sus pequeños afanes y sus pequeños placeres. En el otoño se despiden; a la primavera se vuelven a encontrar. Y así un año y otro. Así una generación y otra. Un milenario, cientos de milenarios...



Consideraba, efectivamente, viendo a un matrimonio de viejos y afables pastores, que en la meseta de Urbía los siglos no han podido nada. ¿Qué clase de invenciones pudieron haber llegado aquí, con qué motivo, para qué fines? Estas gentes mansas y afables, son las mismas que aquellas otras cuyos rebaños pastoreaban en este mismo sitio cuando los faraones alzaban las pirámides y Moisés recibía del cielo el código de su nación; son las mismas que aquellas otras que pulían armas de piedra en las costas de Grecia... Invariablemente se han transmitido los pastores sus rebaños a través del tiempo, continuamente, y uno tras otro han venido los pastores a la primavera, y se han marchado al otoño.

Siempre igual, inalterable, consecutivamente, como una cadena en el tiempo. De tal forma, que los pastores parecen ser los mismos siempre, y los rebaños un solo y único rebaño eterno. Son de la misma raza, hablan el idioma que hablaban los contemporáneos de las pirámides. Y sus costumbres, sus chozas, sus leyes locales, sus juntas, su *civilización*, han sido idénticas siempre. Y este sendero por donde ahora camino era transitado ya por los contemporáneos de los fundadores de Troya... ¡Oh dulce y raro país de Urbía, patriarcal nación de pastores, has triunfado del tiempo, y te has visto inmune de todos los cambios e invasiones! Pero mucho temo que contra tí se abalanzará un infecto y formidable enemigo, y él, por fin, te dominará, te perturbará, te corromperá. Hablo de ese monstruo violador de virginidades: el *turista*.

El aire corre fino y ágil por la alta meseta; el sol acaricia el rostro sin quemarlo; reina un silencio ideal, como silencio de cumbre que está próximo al cielo; y entre los pliegues de la brisa llega tal vez al oído el rumor monótono de las campanillas del ganado.

No hay en Urbía sembrados ni setos; todo es pradera y campo de pastar. Para romper la sencillez de la flora, de cuando en cuando aparece un haya, único árbol que comparte con la hierba y con los musgos el señorío del país.

Yo no soy botánico, probablemente porque no soy un espíritu del siglo XVIII. Ignorante de las minucias botánicas, nunca hubiera imaginado que el musgo, esa planta inocua a la cual no prestamos generalmente mayor aprecio, poseyera tanta virtud de variedad, de expresión, de forma y de encanto.

Yo creí que el musgo era uno, indivisible e inalterable, y hallo que no es un musgo, sino infinitos musgos

variantes, multiforme, hasta polícromos los que adornan el campo.

¡Oh providente amor de la Naturaleza, que no dejas ningún trozo del mundo sin una muestra de adorno y de poesía! ¡Oh materna y celosa Naturaleza, a quien he visto cubrir con la flor del cactus espinoso las abrasadas y terriblemente yermas soledades de los Andes! ¡Que pones una flor, una palma cualquiera en el mayor desierto, y que en Urbía haces maravillosas filigranas estéticas con una planta humilde como es el musgo!

Avanzo, pues, recreándome sobre las praderas, y a cada punto descubro una nueva variedad musgosa. Los musgos buscan la sombra de las hayas, y con frecuencia se enlazan a ellas familiarmente, cubren su tronco y lo visten, como jugando, de un traje prodigioso. Otras veces también sorprendo al pie de un grupo de hayas un verdadero prado en que las hierbas están sustituidas por musgos; su blandura me incita a tumbarme, a refocilarme sobre tan blanda alfombra; pero mi asombro y mi admiración me impiden mancillar aquel bello jardín espontáneo. Un jardín todo de musgos verdes, finísimos, aterciopelados, encantadores.

De repente, sin poder sofocar un grito, descubro ni más ni menos que unas flores. Son las flores del musgo... ¡Siento el estupor del salvaje, del naturalista, del verdadero descubridor (de un verdadero e ignorante hombre de la ciudad), y estoy largo tiempo contemplando aquella maravilla de la diminuta y original flor de los musgos montañeses!

Después, desde una altura, veo aparecer la llanura de Alava, que es como un anticipo de Castilla. He ahí la meseta central; su color pajizo contrasta con el verdor de la flora cantábrica, y la nobleza, la serenidad que emerge de esa llanura forma como el anverso de la violenta na-

turalaleza montaraz en que me hallo. Y siento la curiosidad avivada al considerar que me encuentro en una línea divisoria transcendental; es la frontera, en efecto, de dos zonas geográficas; es el límite del vascuence y del castellano; la división de la llanura y de la montaña, del color verde y del pajizo, del Cantábrico y del Mediterráneo. Las aguas de una vertiente marchan al Ebro, y de allí al mar latino; las de la otra vertiente van al Océano...



MEDITACION EN LA CUMBRE



SOBRE la pequeña meseta de Urbía, sonora por el tintinear de los rebaños, alza sus crestas dentelladas la sierra de Aitzgorri, a 1.500 metros sobre el mar. Un poco más lejos, al término de la altiplanicie, se halla el lugar de la divisoria geográfica.

Es una especie de balcón, una cornisa ideal y sublime que la Naturaleza parece haber puesto allí para regalo de los ojos. Pocas personas cultas, sin embargo, pueden recibir ese obsequio natural; la penosa subida, lo desierto del país y la brusquedad de los caminos serranos, alejan a los cómodos turistas. Sólo algún pastor ocioso, siguiendo el capricho de su rebaño, se detendrá acaso en la soberbia cornisa y contemplará absorto el ancho panorama de la llanura y el azul divino de las cordilleras lejanas.

La fina hierba de los altos cubre el piso como verdadera alfombra; hayas y robles dan propicio toldo al

cuerpo fatigado; los brezos y las manzanillas esparcen su amable perfume. Y el sol, en el silencio religioso de aquella altura, tiene algo como potestad divina y hace, en efecto el oficio material y sensible de Dios, padre y luz del mundo.

La persona peor dotada de sentido geográfico ha de verse aquí sorprendida. De una manera rotunda y clara se muestran los accidentes y las variaciones del terreno, como si asistiéramos a una lección práctica de topografía. La Naturaleza se convierte en didáctica y explicativa al modo escolar.

He aquí la línea trascendental de España. Vaciaríamos un raudal de agua, y si nos inclinábamos a un lado, el agua buscaría el curso de los pequeños ríos cantábricos hasta anegarse en el gran seno Atlántico; si nos inclináramos un poco al lado opuesto, el agua, por la cuenca del Ebro, descendería al Mediterráneo.

Por una cara del país vemos las lomas y los valles cantábricos, cubiertos de eterno verdor, húmedos constantemente por las lluvias y nieblas asiduas, sometidos al cultivo rodado, llenos de pequeñas heredades y de numerosos caseríos, con arroyos siempre vivos de continuas rompientes, hábiles para la represa y la industria. Mientras que a la otra cara del país vemos tenderse de una vez, ancha y rotunda, emocionante, sublime, la llanura de Alava, que es el principio de la gran meseta centro-española.

Los ojos y la mente no se cansan de admirar ese cuadro. Aunque la llanada alavesa no participe de la extrema sequedad de la llanura castellana, desde lo alto de estos bravíos montes parece ya completamente centro-española, porque se destaca junto a la humedad cantábrica sin transición, bruscamente. Y el ánimo considera que aquí se realiza virtualmente la separación de los dos climas

esenciales: el clima alpino, de bosques y praderas, queda a un lado bien visible, y al lado opuesto se extiende el clima de lluvias sobrias y terrenos resecos.

Pero además se dividen la meseta y el litoral en una forma terminante, mucho más clara y definida que en otros países peninsulares. Los ríos centro-españoles horadan en otros sitios la barrera del litoral, y por los valles del Guadiana, del Tajo, del Ebro, del Júcar, del Segura, parece que algo de la meseta se corre al litoral, y que algo del litoral se introduce en la meseta. En tanto que aquí, desde Galicia al Pirineo, la divisoria hidrográfica es terminante, continua, total, y la meseta centro-española y la región cantábrica no consienten ninguna mutua intromisión; verdaderamente son territorios geográficos vueltos de espalda, fundamentalmente divisorios, como Suiza e Italia, como Francia y España. Pero están separados geográficamente tan sólo, porque en política, historia y civilización, la región cantábrica es la que más contacto ha tenido siempre con Castilla.

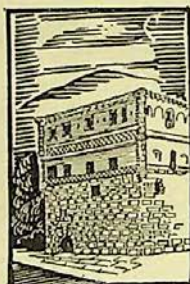
Desde esta cornisa trascendental, ¡con qué majestuoso vuelo de inmensidad se tiende a los pies la llanura! No es Castilla aún, y ya tiene sus caracteres principales. El mismo pastor que sube de esa llanura, aunque lleve un apellido vasco e indiquen sus rasgos angulosos la cualidad de la raza vasca, no hablará en vascuence sino en castellano. El campo, allá lejos y en lo hondo, ha perdido el verde excesivo, el color fresco de pradera; sembradíos de mies, grandes manchas pajizas, extensiones iguales, pardas, y elevándose en la inmensidad, los campanarios místicos de los pueblos.

Y después el horizonte que se aleja, que huye, como una fuga al infinito. ¡El religioso horizonte de Castilla! No se ven allí las cortaduras y barreras cantábricas, ni la limitación panorámica, ni la especie de angustia moral

como quien yace en un pozo. La Naturaleza ya no es familiar, detallista e inmediata como en el litoral; ya no distrae al espíritu la preocupación terrena y cotidiana, minuciosa, del río, de la colina, de la casa, del seto, todo próximo y exigente. La llanura abre su inmensidad, y todo lo detallista, minucioso, cotidiano y próximo desaparece. La llanura aleja la atención de lo próximo e invita a lo lejano y eterno. Invita a pensar en siempre, más que en hoy. Empuja más allá el horizonte, ensancha el cielo, abre los portales del infinito... El alma, espontáneamente, se pone grave y embebe un poco de la misma eternidad, y aspira a las creaciones eternas. (El Cid, Don Quijote, El Escorial, Zurbarán, el Nuevo Mundo).



LA PREOCUPACION DE LA HIDALGUA



NATURALMENTE orgulloso, el vasco absorbió desde el principio la idea nobiliaria que da expresión al carácter castellano; el «hidalgo» es un concepto de aristocracia que el español se reservó como privativo suyo; por donde, también en este caso, se comprueba que el

vasco no es otra cosa que el alcaide del castellano.

En el libro de García Salazar se hace, como en ningún otro libro, la descripción y la apología de los linajes vascongados con un fervor que al más imbuído de prejuicios liberales conmueve. Eso era en el último período medioeval. Pero después, a lo largo del Renacimiento y en el mismo siglo XVIII, la preocupación hidalguesca no sólo no decae, si no que con las granjerías de los empleos nacionales y el comercio de América, al aumentar la riqueza del país, crece también el anhelo de hidalguía.

Tal vez sea en las Encartaciones donde se muestra más fuerte la preocupación linajuda. En el resto de Viz-

caya sigue siendo muy viva. En Guipúzcoa, la cuenca del Deva es singularmente hidalguesca. Decae mucho esta particularidad hacia el lado de Tolosa y casi desaparece en el país vasco-francés. Siendo el hidalgo una modalidad aristocrática española, los vascos de Francia dejan de tener en este punto contacto con los vascos de España. El hidalguismo es quizá la cosa que más íntimamente sume al vasco en el troquel español.

Cuando el viajero penetra en una villa vascongada, siéntese asombrado al contemplar el número y la grandeza de las casas nobiliarias, la gravedad señorial de su estilo y la opulencia con que están grabados los blasones sobre la clave de los portales. Este hallazgo produce en el forastero más sorpresa, porque se han ponderado muchas veces la democracia vascongada y el patriarcalismo foral. Pero las palabras de democracia y de libertad asumieron desde el siglo XVIII francés un sentido tan particularista, que para muchas personas de buena fe no ha existido verdadera libertad pública hasta que la Revolución alboreó sobre el mundo.

Es cierto que la Revolución estableció los célebres derechos del hombre. Pero mucho antes la democracia vascongada, de raíz peninsular, había establecido otra forma de derecho, o sea: que todos los hombres son libres desde que son nobles. La idea vascongada, y por tanto ibérica, atribuye al hombre un destino y una obligación de libertad. Esta condición de libre no es un gusto, ni siquiera una ventaja, ni tampoco una mera vanidad, si no simplemente un deber. Entendíase que el ciudadano no podía ser tal, mientras careciese de la cualidad de libre. Y como en la Edad Media era la hidalguía la pura expresión de la libertad, los vascos insistieron en asignarse, formal y categóricamente, el título de nobles.

Al revisar el libro del Fuero un lector frívolo podrá

extrañarse del ardor con que los diputados reclaman el reconocimiento de la hidalguía original para los naturales. No era vana su obstinación, sin embargo. Decían: «El país vasco está poblado por gentes libres, que nunca soportaron el yugo extranjero. Son los descendientes de los primeros pobladores de España, hijos directos de



Túbal. No se han contaminado de sangre sarracena o judía. Son cristianos viejos. La hidalguía es así en ellos un derecho natural...».

Salvemos lo que hay de legendario y anticientífico en muchas de estas proposiciones. Nos queda evidentemente un fenómeno de preocupación abolenca, digno de ser considerado como excepcional en la Historia, por cuanto se ve a un pueblo en masa bajo la obsesión casi quijotesca de la hidalguía.

Lo mismo el Fuero de Guipúzcoa como el de Vizcaya abundan en exposiciones que las Juntas elevan al Rey, rogándole la declaración formal de la hidalguía originaria

de los vascos. La demanda se repite a lo largo del tiempo con una monotonía impresionante. La idea de la nobleza se convierte en una obsesión.

Y en un capítulo del Fuero de Vizcaya los procuradores explican al Rey: Que en muchas partes del Señorío, cuando la justicia ha castigado con pena infamante de azotes a algunos súbditos, se ha visto a éstos arruinarse o morir, porque la vida con la vergüenza se les hizo imposible, y porque no han podido ejercer más sus oficios o empleos, ni han hallado mujer que quisiera casarse con ellos...

En la falda de una colina, entre la verdura de los prados y las arboledas, la casa del labrador vascongado blanquea risueñamente. A esta casa le corresponden seis, ocho, diez hectáreas de labrantío y de monte. No está situada allí caprichosamente; la casa tiene un nombre, que se refiere a una particularidad del terreno en donde fué erigida. Ha nacido como brotando de la propia tierra.

Casa y tierra implican así una idea de eternidad, de anterioridad infinita y de continuidad invariable. El terreno está sembrado de robles y tomó el nombre de «Arizmendi» (monte de robles). Por consiguiente, la casa se llama Arizmendi, y el hombre que primero labre la tierra en el robledal y habite la casa, se llamará de apellido Arizmendi. Tiene su bosque y su prado, sus vacas y su perro ladrador, su esposa y sus hijos, su arado y su hacha. Es el señor del predio, amo en su casa, jefe de los suyos. Es igual a los otros hombres que habitan las lomas, las vegas y las montañas. Siendo todos iguales, estiman entenderse mutuamente, reglar sus relaciones comunes, pactar una moral pública. Esta razón de libertad, basada en la nobleza, es la que se obstinaba en reclamar el Fuero.

No debe, pues, producir sorpresa el característico orgullo de los vascongados, ni ciertas formas de vanidad

señoril que se advierte a veces en una zafia ama de cría. La obsesión hidalguesca y las trabas eliminatorias que de ella se derivan, tenían que originar una suerte de expurgo nobiliario, dando éste como fruto esa hermosa distinción física que es fácil observar en muchos ejemplares de la casta vasca.



DIFERENCIACIONES Y PARECIDOS



NINGUN trozo geográfico o antropológico del mundo se halla bastante aislado para que pueda suponerse e único, virgen de todo contacto y libre de comunicaciones reales. El territorio vasco, por su pequeñez y por la posición que ocupa precisamente en el gran camino de las migraciones, no es el que más se ha

librado de las influencias externas. Nos atreveríamos a decir que los vascos, semejantes en esto a los ingleses, admitieron siempre todo lo que llegaba del exterior. Por tanto, en el contenido del país hay mucho de mosaico, cuyas piezas múltiples es fácil hoy mismo separar con un mediano espíritu de observación. En el país vasco han ido posándose los residuos de las civilizaciones circulantes, sobre todo y casi exclusivamente las civilizaciones hispano-castellanas. En el propio idioma eúskaro se descubren numerosos vocablos de origen medioeval, y hasta del tiempo oscuro en que el bajo latín se convertía en rudo

romance castellano. No es necesario resaltar ahora cómo la legislación foral hispano-castellana va dejando en las leyes vascongadas sus distintos y sucesivos aspectos. En cuanto a la arquitectura, el país vasco acoge las formas que llegan de la meseta central, hasta las formas de origen mahometano; en Azpeitia y Azcoitia, efectivamente, se ven casas abolenegas donde el ladrillo está trabajado según la manera mudéjar.

Las agrupaciones humanas son como círculos concéntricos, que varían por su dimensión y jerarquía, pero no por sus caracteres específicos. Una simple aldea reúne ya todo lo esencial de una gran nación; atomismo, celos de barrio, luchas de castas, diferencias de terreno y de clima. Una región es un círculo también, semejante a un círculo nacional de tipo moderno.

Si observamos, pues, la región vascongada la veremos dividida, lo mismo que un gran Estado, en partes desiguales y aún antagónicas. Geográficamente tiene zonas cálidas, mediterráneas, esteparias, meseteñas, de llanura; otras son húmedas, cantábricas, tibias y de valles estrechos; otras son de alta montaña, frías y boscosas.

La flora recorre toda la gama mediterráneo-alpina, desde los castaños y helechos de los climas brumosos, hasta el tomillo de las tierras esteparias y los olivares de los llanos calientes.

El tono de la raza, ¡qué distinto aparece también! Hacia el lado cantábrico, la gente presenta una piel más blanca y rosada; hacia el lado opuesto, en la vertiente del Mediterráneo, la piel se quema y tiende a ser cobriza o amarilla. Los del lado del mar son hombres de aspecto físico más voluminoso, de cuerpos grandes que propenden a la obesidad; los del otro lado de la divisoria son más pequeños, enjutos, violentos y vivaces.

El tipo de cráneo varía igualmente, aunque pueda

señalarse una forma general, como la más frecuente: la forma dolicocefálica, común a casi todos los pueblos meridionales. No es tan uniforme el color del pelo y de los ojos. Mientras unos vascos se significan por el tono oscuro del cabello y ojos, otros se nos presentan francamente rubios y de ojos muy claros. Los ojos de color intermedio abundan notablemente, tal vez tanto como en Italia; hay pocos ojos de matiz germano puro, como en Francia, pero son incontables los matices ambiguos: azulados grises, azulados verdosos, grises verdosos.

Añadiremos, todavía, que a lo largo de la región es fácil descubrir zonas más o menos importantes en donde prepondera el color claro de los ojos y el pelo. Parecen manchas antropológicas caídas allí al azar, pero que obedecen a causas o inmigraciones prehistóricas. En la zona pirenaica de Navarra abundan mucho estas zonas o manchas de color claro; en los valles elevados y en la misma cuenca de Pamplona, se ven con sorpresa cráneos redondeados y cabellos rubios, que recuerdan bastante a los del mediodía de Francia del tipo gascón o bearnés.

Contra lo que parecía natural, el tipo de ojos y pelo moreno abunda mucho más en la vertiente cantábrica. Por un efecto de ilusión, mirando sólo al matiz general de las personas, suele creerse que el vasco del lado del Cantábrico es un hombre blanco, claro, casi rubio en oposición al hombre de la meseta.

Lo cierto es, sin embargo, que en la meseta central española no abundan los tipos puramente morenos tanto como en Marquina o Andoain. En el centro de España se da con más frecuencia el tipo castaño; para encontrar ojos y cabellos francamente morenos es preciso retirarse a las costas, sean de Cataluña, de Murcia, de Andalucía o del Cantábrico. La ilusión de «morenez» del centro de España tiene su origen en el cutis seco, tostado y amari-

llento, producto nada más que del clima; tan pronto como el centro de España deja de ser meseta y descende de nivel, como ocurre en Extremadura, pierde la piel ese matiz uniforme y seco y cobra color vivo.

* * *

Aunque los ríos del país vascongado, como todos los de la región cantábrica, sean tan minúsculos que apenas merecen más que el nombre de arroyos, tienen, sin embargo, una positiva fuerza de diferenciación etnográfica.

Los ríos son pequeños, es verdad, pero ni en ellos mismos fracasa esa ley de Geografía que hace de las cuencas hidrográficas las más naturales y primarias expresiones regionales. En efecto, y refiriéndonos a un río famoso, todos saben que las gentes que pueblan las riberas del Ebro, desde Miranda a Tortosa, tienen puntos psicológicos y temperamento comunes, de modo que un riojano, un navarro ribereño y un aragonés coinciden en las costumbres, en los cantos, en el tono del lenguaje y en los sentimientos.

Así también ha herido siempre mi curiosidad esa extraña filiación que se observa en los habitantes de los distintos ríos vascongados. Para conocer las diferenciaciones del lenguaje, de costumbre y hasta de matices raciales en el país vasco, necesariamente y casi exclusivamente debemos recurrir a la hidrografía. Las cuencas hidrográficas son de veras las que unen a los hombres y los diferencian de sus vecinos.

Refiriéndome a la provincia de Guipúzcoa, que es la que más conozco, diré que las tres grandes separaciones dialectales y costumbristas de esa provincia se sujetan a las tres cuencas hidrográficas importantes: el río Deva, el Oria y el Bidasoa. Los otros ríos, de curso más insignificante, como el Urola, el Urumea y el Oyarzun, aunque

positivamente tienen fuerza diferenciadora, ésta no es tan notable como la de los otros ríos; sus matices diferenciadores son de índole muy sutil y no vale la pena anotarlos.

El tono de la voz y el dialecto que hablan las gentes de Irún y Fuenterrabía, son mucho más semejantes a los de Hendaya, Vera y Echalar, que a los de Villabona, Tolosa y Beasain. En cuanto al dialecto y las formas costumbristas de las gentes del Deva, se separan bastante considerablemente de las del río Oria. Esta diferencia de dialecto, usos y hasta tipo de raza entre las gentes del Oria y del Deva es tan notable, que parecen dos provincias diversas.

Desde Oñate y Mondragón, hasta Mendaro y Deva, el idioma adquiere rasgos vizcaínos, como son, principalmente, las terminaciones en «u» y el uso de la jota con sonido suave, como la «ch» francesa. Veremos también que en la cuenca del Deva tienen las villas un aire más señorial, y que su arquitectura, más aristocrática que la del Oria, es por tanto más fina y elegante; las casas fuertes de Oñate y Vergara, por ejemplo, indican con facilidad que en esta parte de la provincia existió mayor preocupación hidalguesca, y que fueron aquí los señores banderizos mucho más soberbios e influyentes que en la región del Oria. En fin, la raza se diferencia también; un espíritu medianamente sagaz comprende pronto que la gente de Eibar y Vergara es de tipo más moreno, acaso más fino y «decadente», menos vigoroso, más aguileño, que los ejemplares de Asteasu, Amézqueta y Tolosa.

Para mí, la verdadera Guipúzcoa se halla enclavada en la región hidrográfica del Oria, la cual se extiende a un lado y otro abarcando en cierta manera la cuenca del Urola, del Urumea y el país semillano que va hacia el bajo Bidasoa. La cuenca del Deva es una provincia aparte que abraza las comarcas afines de Marquina, Ermua y Elorrio hasta el llano de Durango.

Después señalaremos la diferencia bien honda entre la gente pescadora, y la labriega, entre «costarras» y «goyerritarras». Y ensanchando el espacio de las comparaciones, encontraremos que, en términos generales y en mayores síntesis, Guipúzcoa es más suave y atemperada que Vizcaya; Vizcaya es más dura, más terca e irascible, y se parece al tono genérico español; Alava, prescindiendo de los apéndices de Ayala y Aramayona, tiene el aire modesto, el aire de llanura como «virtuosa» y económica, de la tierra de Burgos.

En Navarra hay porciones guipuzcoanas: otras, como el Baztán, recuerdan el país vasco-francés; otras zonas son alto-pirenaicas, y otras, por fin, tienen el tono impulsivo y cálido de la Rioja y de Aragón.

La provincia de Vizcaya, a causa de cierta arbitrariedad de sus ríos, es casi tan heterogénea y está diferenciada como Navarra. Esa cuenca del Nervión es un verdadero remolino de procedencias dispares; el vascuence y el castellano se encuentran y unen allí; afluyen las influencias del alto Ibaizábal, se unen a las de Orozco, llegan las de Alava, y reciben por último las del Cadagua. Esto explica que la zona propiamente bilbaina, desde Achuri a Portugalete, sea lo más violento, turbio y heterogéneo del país vasco y de la propia región cantábrica.



IDEAS FINALES



HAY en nosotros una íntima resistencia frente al cambio: no queremos que las cosas varíen alrededor nuestro, porque además de la pereza que sentimos por todo cambio de postura, nos parece, tal vez con razón, que al desaparecer las costumbres a las que estábamos conformados, nosotros mismos debemos desaparecer con ellas.

Constantemente nos gritan con alarma que los usos y costumbres vascongados están desapareciendo. No hay duda que muchas formas costumbristas desaparecen. Pero la alarma sería infundada si esas costumbres desaparecieran en seco, sin ser sustituidas por otras costumbres, tan típicas como las anteriores.

Hoy pasan las formas y se cambian las modalidades con mucha más rapidez que antaño; esto ocurre en todo el mundo, y el país vasco no podría sustraerse a la ley universal. Mueren las costumbres, es verdad, pero otras

nuevas nacen. Y en este punto deberemos insistir un poco, porque es esencial.

Instintivamente nos sentimos dispuestos a considerar lo típico como algo que ha llegado a un país por efectos milagrosos: una costumbre, en cuanto reúne ciertas cualidades generales y permanentes, se nos figura que brota de las entrañas del país por verdadera germinación espontánea y al estilo de los hongos; nos basta reflexionar brevemente para comprender que no es así, y que lo que llamamos costumbres características son cosas que los pueblos se transmiten de uno a otro y sin cesar. Lo que nace cada país, con distinta fuerza, es imprimir su propio cuño a esas costumbres, absorbiéndolas profundamente hasta lograr que parezcan diferentes y originales.

El país vasco es quizá uno de los que mejor y más habitualmente recurre a la recepción o absorción de formas costumbristas ajenas. El país vasco es poco original en el sentido creador. No ha creado formas esenciales de vida, o no ha transfigurado las esencias adquiridas hasta exaltarlas profunda y densamente, al modo de los pueblos que consideramos fundadores de civilización (Grecia, por ejemplo). Tampoco se puede decir que el país vasco haya creado verdaderos estilos, porque, con frecuencia, las formas que adquiere del exterior las conserva casi en el mismo estado en que las recibe. Tal ocurre con el juego de pelota, con el tamboril, con las danzas de las espadas, con las regatas de traineras y con otros muchos usos llamados típicos.

Contribuye a que estos usos se llamen típicos un fenómeno de simple exclusión: son costumbres y modalidades que en otras provincias han perdido auge y difusión, y que al conservarse entre los vascongados con fuerza, producen el efecto de ser propiamente vascongadas. Así ocurre con el tamboril, que sólo en raras comarcas del

resto de la Península se conserva en vigor. Los andaluces lo usan en la célebre y pintoresca romería del Rocío; lo emplean también algunos pueblos de León. Antiguamente era común a muchas comarcas españolas, sobre todo las de raíz castellana.

El caso del juego de pelota es sumamente curioso. Se le llama *sport* vasco, y es una diversión que ha sido adoptada de los castellanos probablemente en fecha bastante próxima. Digamos desde luego que la pelota es una útil diversión tan antigua como el hombre, y común a todos los hombres del mundo. Es un juguete universal, puesto que es lógico. Los relieves griegos nos presentan ya a las mujeres jugando a la pelota.

Que el juego de la pelota, en la forma actual, fué adquirido de Castilla, es indudable, porque todas, pero todas las palabras que intervienen en el juego, son castellanas. Respecto a la relativa modernidad de la adquisición, nos ayudará a la conjetura el examen, siquiera ligero, de esas palabras: efectivamente, carecen de un aire demasiado arcaico. Son voces del siglo XVI, o quizá de tiempos más recientes. Hoy se usan en el lenguaje corriente de Castilla.

Lo cierto es que nuestros pelotaris dicen «frontón», «pelota», «pared», «raya», «aguante», «pala», «cesta»; califican las jugadas de «a largo», «a remonte», «a volea», «a punta», «a sotamano»; dicen «falta», «tanto», «quince»... Todo indica, pues, que el juego de pelota tiene en el país vasco una fecha de adopción muy poco antigua.

Como ese juego ha sido adoptado, otros nuevos vendrán a sustituir a los que se pierdan. Porque los vascos se vieran con el gusto o la necesidad de tomar la costumbre de la pelota a los castellanos, a nadie se le ocurrió proferir dramáticas lamentaciones. El carácter de un pueblo no se cifra en algunas maneras externas y formales:

hay algo más penetrante que ayuda a mantener el tono diferencial de un país. Aunque el «ariñ-ariñ», el «fandango» y la «porrusalda» no son más que el baile suelto que se baila en casi todas las regiones españolas, sabemos, sin embargo, que algún matiz, cierto aire diferencial existe en la danza suelta de los vascos.

Este mismo fenómeno, si lo aplicamos a las palabras, nos concederá no menos motivos interesantes de observación. En efecto, tan pronto como nos sumergimos en la lectura de las obras castellanas de la Edad Media, encontramos vocablos e interjecciones que en el siglo XIII eran de uso vulgar en Castilla y que hoy no se emplean ni se conocen si no es por los eruditos; pues bien, esos vocablos e interjecciones que el tiempo borró para siempre de los países propiamente castizos, se conservan en el país vascongado y toman en lenguaje eúskaro un franco carácter de frecuentación. De tal modo, que los mismos vascongados creen que se trata de términos absolutamente indígenas.

Para quien conoce el vascuence, resulta, pues, en extremo curiosa la lectura del poema de Mío Cid, y da ocasión a conmovedoras sorpresas. El aire rudo, masculino, honrado y marcial de esos versos rudimentarios nos arroja desde luego al alma un perfume antiguo, un sabor de naturaleza que se compagina bien con el tono de la gente vascongada. El Cid, Antolínez, Muño Gustioz, Jimena, son personas bravas y simples que dan a las cosas su nombre exacto, su valor real. Pasa por todo el poema una emoción y un brío varoniles, y nada nos cuesta imaginar que aquellos seres de la vieja Castilla son vascos romanizados, o sencillamente vascos que han pasado a través de las villas y las ciudades.

De pronto tropezamos con una palabra: «asmar». El comentador del libro hace una llamada y cree indispensa-

ble dar al pie de la página una explicación de ese verbo arcaico. Nosotros, ante la explicación erudita, vemos con asombro que el verbo «asmar» tiene hoy en vascuence el mismo sentido que tenía entre los castellanos del siglo XIII. Lo mismo ocurre con la palabra «alkandora», que es de origen árabe, y se usa en el vascuence de una parte de Guipúzcoa para expresar la camisa. «Kayola» (jaula) es otra palabra que desaparece del castellano corriente y perdura en éuskaro. «Kopa», en la acepción de cesto o concavidad, se usa en vascuence para significar el serón de los albañiles. «Kopeta», que en éuskaro significa frente, es el «copete» arcaico. A veces salta una palabra que ha llegado del italiano al vascuence por vías ignoradas; por ejemplo, «gona», que en toscano y en el vascuence vulgar significa, basquiña. Es posible que se usara en castellano alguna vez, y haya desaparecido sin dejar rastro literario.

También nos detenemos con curiosidad cuando oímos exclamar al Cid Campeador, el de la barba vellida:

*ia, Alvar Fáñez, bivades muchos días;
más valedes que nos, ¡tan buena mandadería!*

O cuando el mismo Cid se dirige a su esposa y prurumpe entre suspiros:

*ia, doña Ximena, la mi mujer tan cumplida,
como a la mie alma yo tanto vos quería...*

El comentador hace aquí otra llamada y explica el sentido de ese «ía», era una exclamación actualmente en desuso, o sustituida, a nuestro parecer, por su semejante ¡ea! ¿Pero necesitábamos nosotros ninguna ayuda acia-ratoria? La exclamación «ia», tan frecuente en Mío Cid, está viva y se emplea corrientemente por los que hoy hablan el éuskaro en tierras de Guipúzcoa. De este modo: «ia, Manuebel etorri zaitez». O en tono de imprecación y de coraje. «¡Ya, mutillak, guazen aurrerá!...».

Estos que a primera vista parecen detalles nos demuestran cómo los hombres se comunicaron en la antigüedad más frecuentemente de lo que ha supuesto una opinión pseudo-culta. Los pueblos no vivían separados como islas en los siglos medios, sino que, todo al revés, se frecuentaban, se copiaban entre sí, y esto quizá con más eficacia que ahora mismo. Los idiomas eran entonces cosas blandas, maleables, amorfas, a causa de la constante y viva comunicación. El francés se diferencia poco del provenzal, y el castellano está lleno de palabras lemosinas, italianas, gallegas y francesas.

En contacto frecuente, y viviendo la misma vida social, comercial, política y guerrera, es entonces cuando castellanos y vascongados se fundieron en un cuerpo armónico. De entonces data sin duda la aceptación por parte del vascuence de esa infinidad de voces y giros, que tomados de un castellano primitivo, nos suena hoy tan densamente.



INDICE

	<u>Páginas</u>
HOMENAJE A SALAVERRIA	7
I - La inmensidad verde	13
II - El ceremonioso tamboril.	16
III - Día de fiesta en un pueblo vasco	21
IV - Espatadanzaris	25
V - La aspiración hercúlea	28
VI - El pelotari	32
VII - Los bersolaris	36
VIII - Los bebedores de sidra	40
IX - La mujer vasca en la poesía	44
X - Cataliñ	47
XI - Elogio del mar Cantábrico	50
XII - Cara a la tempestad	53
XIII - El viejo puerto vasco	57
XIV - Elegía del viejo bergantin	61
XV - Los remeros olímpicos	64
XVI - Junto a la carretera	68
XVII - Elogio de los campanarios	72
XVIII - Las iglesias aldeanas	75

XIX - Visión de pueblo antiguo	77
XX - Una pausa en Motrico	84
XXI - La pequeña urbe grandiosa	90
XXII - Las minas de Somorrostro	94
XXIII - Canción del estío alegre en San Sebastián	100
XXIV - El cementerio de los ingleses	104
XXV - Camino de las montañas	107
XXVI - La patria de los pastores	112
XXVII - Meditación en la cumbre	119
XXVIII - La preocupación de la hidalguía	123
XXIX - Diferenciaciones y parecidos	128
XXX - Ideas finales	134





30 Pesetas